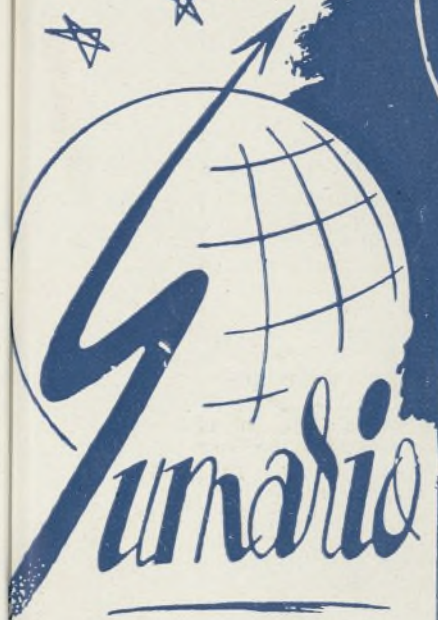


GENIIT

sociología
ciencia - literatura



Hem Day: Algo acerca de la Historia de la Comuna, de Louise Michel. — G. de Lacaze-Duthiers: Deportes y deportistas. — Ralph Waldo Emerson: Vida sencilla y pensamiento elevado: Henry David Thoreau. El pensamiento vivo de Thoreau. — M. Celma: La Vida y los Libros. — Floreal Ocaña: Frutos de la pedagogía autoritaria: Conquistadores de niños. — Cosme Paules: Miguel Bakunin. — Dr. Isaac Puente: Higiene individual o privada. — Puyol: Prejuicio. — Tejerina: Tribuna de libre discusión: Consideraciones sobre el exceso de población. — Luis Fabbri: ¿Crisis de muerte o de transformación? — Suño: Microcultura. — Folletón encuadernable: La lucha por el pan, por Rudolf Recker.



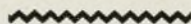
AGOSTO
1958

92

Revista Mensual

PRECIO: 90 FR.

NUESTRA PORTADA



JULIO VERNE

En el momento en que todo el mundo celebra como un gran acontecimiento el paso del submarino atómico «Nautilus» bajo los hielos polares, nos ha parecido oportuno recordar la figura y el genio de Julio Verne, que anunció, con bastantes años de anticipación, muchos de los descubrimientos y realidades científicas de nuestra época.

Y al recordar a Julio Verne y sus audaces utopías científicas, recordamos a todos los pensadores que, anticipándose a sus épocas, tuvieron la premonición genial de lo que vendría luego, lo mismo en el terreno filosófico, moral, que en el terreno de los descubrimientos humanos. Hombres, en su mayoría, ignorados y perseguidos por herejes o considerados locos, pero a los que se debe la inquietud mediante la cual la humanidad ha ido progresando trabajosamente.

Al recordar a Verne, a él hemos de asociar necesariamente otro nombre por nosotros muy querido: el de Luisa Michel, que durante años trabajó para él, dando al escritor ya consagrado las primicias de su inteligencia privilegiada. Verne, como Dumas y como los pintores del Renacimiento, llegó a trabajar con equipo: esto es, con grupos de escritores jóvenes a los que él pagaba su trabajo de colaboración, pero de los que extraía ideas originales. Entre éstos se cuenta Luisa Michel, autora verdadera de algunas de las obras publicadas con el nombre de Verne.

Hoy el capitalismo se apropia a su vez de las ideas producidas por cuantos abrieron el camino del progreso con su talento o con su sacrificio.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción: Federica Montseny, José Borraz,
Miguel Celma.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz,
Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz,
Herbert Read, Hem Day, J. Carmona
Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo
Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol,
Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce
Fabbri, J. Capdevila, G. Egleas, Osmán Desiré,
Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert,
A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre,
250 francos; Semestre, 500 francos. — Exte-
rior: Trimestre, 270 frs.; Semestre, 540 frs.

Número suelto: 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir
de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

ALGO ACERCA DE LA HISTORIA DE LA COMUNA

DE

Louise Michel



N el año 1897, Charles Malato presentó al editor P. V. Stock, el autor de una «Histoire de la Commune»: Louise Michel. Autor y editor se pusieron pronto de acuerdo en cuanto al trabajo. Louise Michel se dedicó a retocar y terminar su manuscrito.

En el mes de octubre del mismo año, Louise Michel informó amablemente a su editor que aun le quedaban 50 páginas por terminar. Eran referentes a la «deportación» y, se apresuraba de agregar, «quizás sea lo mejor». Mientras, Louise Michel había comunicado su manuscrito a Rochefort quien tras leerlo lo encontró bien; así, ella invitó P. V. Stock para que visitara el libelista que debía terminar la lectura. No obstante, a causa de la defunción de un tío de Louise, la obra tardaba en verse terminada, lo cual era para el autor motivo de preocupaciones. Entrada en Londres, hacía llegar a su editor una serie de fotografías de los años 1871 y le prevenía que le procuraría otros gravados, todo para ilustrar su «Historia de la Commune».

A pesar de sus recomendaciones precisas requiriendo cuidado de dichos documentos, los cuales tenía que devolver, pues se los habían prestado y estimaba mucho, el editor parece no hizo mucho caso puesto que no encontraron plaza en el volumen, grueso ya por su texto mismo.

Pero lo paradójico es que el editor—y es él quien lo dice—no vaciló en vender todo el lote a Lucien Descaves, gran aficionado y coleccionador impenitente de documentos de la Commune.

Creo saber que Lucien Descaves vendió al Museo de Historia Social de Amsterdam su colección de libros y documentos sobre la Commune. Seguramente que aun se encontrarán en el «fondo» de dicho instituto.

Señalemos de paso que los documentos, o la mayoría por lo menos, habían pertenecido en sus tiempos al hermano de Charlotte Vauvelle, la joven compañera de Louise Michel.

LOUISE MICHEL TERMINA SU LIBRO

Por fin, henos con la «Histoire de la Commune» terminada. El manuscrito no iba a tardar de estar en manos del editor. Este, considerando el título muy largo lo redujo pura y simplemente, bautizando la obra con el nombre lacónico: «La Commune».

El texto era difuso, demasiada amplitud. Louise Michel, a petición de P. V. Stock, lo condensó al máximo.

Según la primera idea de Louise Michel, el libro estaba destinado a ser difundido en un centenar de ejemplares. En aquella época se hacía así y su autor había ya publicado de esta forma algunos romances populares y sociales, entre ellos: «La Misère», «Le Éclat Impérial».

Así condensada, la obra podía ofrecer algunos inconvenientes porque al cortar párrafos, las repeticiones sobresalían más.

Unir el relato no era cosa fácil y este cambio en el manuscrito no podía más que perjudicar a la presentación del conjunto de la historia.

Hubiera sido necesario volverla a hacer de nuevo, pero las circunstancias no se prestaban mucho.

Para remediar este estado de cosas, Louise Michel estaba interesada en prevenir sus lectores. Rogó a su editor de hacer preceder su tercera parte de una nota anunciando que esta última, más considerable, había sido también mucho más mutilada que las otras, y que, en fin, la obra se compusiese de 480 páginas reducida a un volumen.

Nada impidió, no obstante, que las relaciones entre el autor y el editor se armonizaran; se frecuentaron cada vez más, su afinidad creció de tal forma que la «Pétroleuse» se convirtió pronto en colaboradora amiga del editor.

«No pude resistir a la bondad incomparable de esta mujer y la leyenda desfavorable de la que mi cerebro estaba lleno se había disipado pronto al conocerla. Su altruismo era inverosímil y su caridad hacia todos los miserables, animales incluso, era increíble. No tenía nada de ella. A su paso distribuía todo lo que llevaba encima. Las pocas monedas que podía llevar las daba al que le parecía más miserable que ella. Lo mismo hacía de todas sus prendas: paraguas, abrigo, etc., y si su compañera no la hubiese protegido, a pesar suyo, hubiese entrado a casa al fin de jornada despojada de todos los vestidos que llevaba al salir.»

¡Cuántas anécdotas se podrían consignar sobre este San Martín laico a quien la Iglesia, los grandes y los hartos, acusaron de los peores crímenes! Me gustaría prolongar la narración de este aspecto humano de un sentimentalismo loco, recordando lo que su gran amigo S. Faure contaba de una visita, tras invitación y cita para desayunar juntos, que hizo a Louise Michel.

Puntual a la cita, Faure encontró a Louise leyendo.

«Hablamos un poco — cuenta Jeanne Humbert —, el tiempo pasa y S. Faure ve, con cierta inquietud, que ningún preparativo culinario hay en la casa. Sin embargo, remarcó el aspecto un poco desolado de Charlotte, la fiel compañera de Louise Michel, que, en un rincón callaba; en un momento dado se decide, por fin, a preguntar: Bueno, pero, ¿y el desayuno? ¡Me parece que es hora de poner la mesa!

Louise Michel, muy mortificada, declaró que había sido despojada aquella misma mañana de su último céntimo por uno de los innumerables mendigos... y que no le quedaba nada en el bolsillo. Se había acordado demasiado tarde de la invitación hecha a su amigo.

Faure rió mucho y entregó a Charlotte algo con qué ir a buscar pronto la costilla tradicional. El desayuno repentino y frugal no dejó por eso de ser alegre.

SUS MEMORIAS

De las memorias de Louise Michel misma reproduzco las siguientes líneas:

«Parece ser que en la barricada Perronet de Neuilly he corrido con demasiada prontitud en socorro de un gato en peligro. El desgraciado animalito, acurrucado en un rincón batido por los obuses, llamaba como un sér humano. Pues bien, si, he ido a buscar el gato, pero la operación no ha durado más que un minuto, poco después ya estaba en seguridad; cuestión de dar un paso. Incluso lo han recogido.»

Así era Louise Michel «de rostro masculino, marcado a golpes, de ojos blancos expresando una gran bondad,

con voz de una dulzura extraordinaria, alta la frente, cabellos canosos, descuidados en tirabuzones pendientes alrededor de la cabeza».

La historia de la Comuna que debía aparecer bajo el título «La Commune» continuaba sin publicarse y la nota propuesta por Louise Michel iba a ser olvidada, el editor en su Memorandum escribía que él mismo ignoraba los motivos.

Por fin, en mayo de 1898, «La Commune» fué puesta en venta, pero la dedicatoria con la que hubiera debido aparecer fué reemplazada por otra que obtuvo preferencia. He aquí la primera:

«Ya que ahora no se puede, en el muro del «Père Lachaise», saludar altamente los muertos de la Commune, es de este libro, como de una tumba, que los saludos; lo dedico a los mártires del 1, a los de Italia, a los muertos de la hecatombe de Milán, a los sublevados de España, a los armenianos degollados, a los torturados de Monjuich, a Cuba levantándose por la libertad desde hace 26 años, a los Estados Unidos de Norteamérica que generosamente han ayudado a la isla heroica.»

Estaba fechada el 8 de junio de 1898; dos días después sería reemplazado por el texto siguiente:

«Desde el muro de los fusilados en mayo de 1871 hubiese querido saludar a los muertos de las nuevas hecatombes; a los mártires de Monjuich; a los degollados de Armenia; a las multitudes aplastadas en España y a las vidas segadas en Milán y otros lugares; a la Grecia vencida; a Cuba, levantándose sin cesar; al generoso pueblo de Norteamérica que, para ayudar a la Isla heroica, hace la guerra de la libertad.»

Y Louise Michel terminaba:

«Ya que no se permite hablar altamente, yo les dedico este libro; de cada hoja levantada, cual lápida de una tumba, se escapa el recuerdo de los muertos.»

Parece ser que Louise Michel solicitaba algunos ejemplares que después hacía pasar a sus amigos. El 6 de noviembre de 1900 se hospedaba en el Hotel Cronstadt, 2, rue Jacob, y es siempre la historia de la Commune que invocaba recordando una cosa mitad cómica, mitad trágica. Sus últimas conferencias en «La Bodinière», si fueron buenas no recaudaron los fondos suficientes para cubrir los gastos. Para efectuar un viaje a Londres se vió obligada a vender su muy solicitado libro, reedición de «Leyendas y cantos de los Canacos», por cualquier precio.

Pero ni su romance «Siècle Rouge», cuyo manuscrito envió a su editor, no será publicado por P. V. Stock — ¿qué se habrá hecho de tal manuscrito? — ni sus «Leyendas» serán reeditadas.

A esta antigua malhechora de los tiempos de la Commune (que aun continúa siéndolo en 1898, como ella misma escribe en la dedicatoria del ejemplar ofrecido a su editor), P. V. Stock le pide de redactar una biografía para hacer un pequeño folleto. Louise Michel envía algunas notas que, desgraciadamente no responden de ninguna manera al deseo del editor, el cual las juzga insuficientes.

Hay que decir que Louise Michel se desinteresó de este aspecto biográfico de su persona porque habiendo «tantas veces indicado mis memorias para que fuesen consultadas, nunca lo han sido y «cada uno me ha

DEPORTES Y DEPORTISTAS



En el número de las catástrofes que más han contribuido a la decadencia del mundo actual, debemos contar el abuso de los profesionales. Es aún una de las plagas mayores de nuestro tiempo esa atención de las muchedumbres por los puñetazos, las patadas, los pedaleos y otros malos golpes. El deportismo, o el amor exagerado por el deporte, que hace que no se piense más que en él, que no se viva más que para él, que nada cuente fuera de él, ha gangrenado el cuerpo social por entero. Aun una enfermedad contagiosa, signo de los tiempos apocalípticos en que vivimos. ¡Haber llegado a esto, después de todo lo que el género humano ha construido de grande y de bello! ¡Que decadencia para la bestia vertical!

En todos los tiempos ésta se ha apasionado por los espectáculos sangrientos, pero nunca tanto como ahora. En este aspecto, nuestro tiempo es imbatible. Ostenta todos los «records». Roma tuvo sus juegos de circo. Nuestro tiempo tiene sus carreras de bicicletas y sus combates

de boxeo. Hay que haber visto a las muchedumbres patear de contento cuando dos brutos se aplastan la nariz o se hunden las costillas, mientras que sobre sus cabezas llueven las apuestas. Como es sabido, la misma autoridad permite tales espectáculos, el Estado los alienta y premia a sus actores. El honor de un país, oídlo bien, el honor de un país depende de un puñetazo o de un par de biceps. Un pueblo entero canta victoria si su campeón sale vencedor. Si es vencido, es un desastre nacional. Pero entonces, ¿por qué no hacer pelear entre ellos a nuestros dos muchachones, en vez de que peleen millares de hombres, para resolver los conflictos que dividen a los pueblos? ¡Sería mucho más práctico hacerlo así!

Los deportes profesionales deberían prohibirse (por una vez, ¡no hablemos de libertad!). Las ciudades, hoy, compran su boxeador a tanto el kilo de carne humana. Los contribuyentes pagan para eso. Su suerte está así unida a la del boxeador. ¡No os parece la cosa idiota! ¡No es posible caer ya más bajo en la escala de la prostitución! Otro signo de los tiempos que corremos. Vender los biceps vale más, al parecer, que vender su cerebro, lo que desgraciadamente es el caso para muchos intelectuales.

hecho una vida y un carácter según su fantasía» solía decir, y se negaba a ocuparse más de ello. Louise Michel, cansada por exceso de trabajo, usada por un régimen de privaciones voluntarias, debía caer gravemente enferma en el curso de una jira de conferencias; se puso en cama y murió en Marsella.

Tal fué la historia de la copiosa obra «La Commune» ignorando lo que ha sido de esta parte amputada. Quisás con el tiempo todo esto aparezca lleno de interés. Quisiera terminar este estudio anecdótico sobre el libro de Louise Michel recordando las líneas que P. V. Stock consagra al entierro de la **Commune**:

«Fué una cosa inaudita, y sin las brutalidades de la policía — que eran de regla en la época — hubiese sido grandioso.» Y P. V. Stock continúa: «En los funerales de Emilio de Girardin y en los de Gambetta hubo multitudes considerables, pero no eran nada comparándolas con las que han seguido el convoy (de última clase)

de Louise Michel, que hacían fila desde la estación de Lión hasta Levallois. La mentalidad de estas multitudes, además, era diferente. En los obsequios de Girardin y en los de Gambetta, la presencia de los asistentes era, sobre todo, una manifestación política, mientras que en los de Louise Michel era de simpatía y reconocimiento al altruismo, la bondad y la caridad de la muerta.»

He creído necesario fijar para los amigos libertarios de hoy estos recuerdos de otrora que se esfuman en la cascada de acontecimientos que se producen a cadencia desordenada; ello hará bien a todos los que nos lean y este testimonio a favor de un gran corazón y de un espíritu libre, será bella manifestación humana hacia la mujer que se entregó enteramente al ideal de libertad y de justicia social.

Trad. M. C.

HEM DAY

¡Y aun lo llaman «el noble arte»! ¿Qué de más innoble, en efecto, que ver dos masas de carne enfrentarse, plegarse en dos, darse de puñetazos y estropearse, por el placer de la muchedumbre vil? Tal arte es un arte de brutos, que hace las delicias de un público especial, para el cual un puñetazo vale más que todas las obras maestras del arte reunidas. Quién no ha visto a dos boxeadores combatiendo y al público que les aplaude, no ha visto nada. El verdadero espectáculo es el público. ¡Ni se duda a que grado de bajeza y de ignominia ha descendido la bestia humana, gozando con tal pugilato!

¿No es una prueba de la degeneración de esas poblaciones que vuelcan todo su interés en un «match» de boxeo o en una carrera de bicicletas, despreciando los trabajos de los sabios y los escritos de los filósofos? ¿De qué un cualquier ciudadano, porque tiene unos jarretes, sea llevado en triunfo, mientras que la presencia de un sabio pasa desapercibida, apretando los jefes de Estado la mano del primero y negándosela al segundo? La prensa prostituida describe minuto a minuto a sus lectores, las performances de sus corredores, y segundo a segundo los puñetazos cambiados en el «ring» por dos luchadores, en quienes el mundo entero tiene puestos los ojos. Todos esos campeonatos muestran la podredumbre en la cual el hombre societario se mueve, incapaz como es de elevar su espíritu o de ilustrar su cerebro. Mucho más sabio era el hombre de las cavernas que no conocía, como deporte, más que el protegerse contra las bestias feroces y la lucha contra los cataclismos naturales. Testimonian nuestros deportes de nuestra sed de matanza y de sangre, de nuestra admiración ilimitada por la fuerza, que la mayoría de las veces no es más que una imposición de fuerza. Testimonian del grado de envilecimiento y embrutecimiento al que han descendido los hombres civilizados. Nunca se vió, en ningún tiempo, semejante decadencia.

¡Si no hubiera más que cerdanerías (1) para embrutecer a las multitudes! Pero existen muchas más, que nada tienen que ver con una cultura física inteligente, a la manera en que se practicaba en la Grecia antigua. Existen las corridas de toros, espectáculo innoble, que por él se enloquecen las poblaciones del mediodía (2). Existen los combates de gallos que enloquecen a las poblaciones del norte (3). Hay el tiro a las palomas, deporte de los mundanos, que no saben cómo emplear su tiempo. Hay las famosas carreras de bicicletas, que se sigue de etapa en etapa, y que no ofrecen mayor interés, exceptuando a los mercachifles del caucho. Existen las carreras de automóviles, que testimonian a qué punto la manía de la velocidad ha hecho idiotas a las gentes. Hay

la esgrima (en la esgrima hay un crimen), en previsión de los futuros duelos entre periodistas que quieren hacer hablar de ellos, o de maridos cornudos que quieren vengar su honor. Hay los crímenes pasionales, que exigen ciertas cualidades físicas, como para cortar a su víctima en pedazos o tenerla aterrorizada con su «browning». Existen las hazañas de los «gangsters» — con fracción delantera (4) —, que hacen prueba de cierta sangre fría, sin que por eso valga más.

Se hace demasiado deporte, es sabido, como se hace demasiada política (ésta se mezcla también con aquél, bastante, como no se ignora). Se olvida a la fuerza moral para solamente interesarse en la fuerza bruta. El espíritu para nada cuenta en nuestros deportistas ni para quienes los aplauden.

Además, todas esos deportistas famosos, que sirven de marca de fábrica a industrias más o menos mortales, terminan tarde o temprano por volverse enfermizos: a treinta años ya no valen para nada, desriñonados, desquiciados, semi-tísicos, el exceso no valiendo nada en todo, y aun menos en los deportes.

Si a mí no me agradan los deportes sangrientos, los deportes guerreros y los deportes profesionales, me guardaré bien en condenar a los deportes de paz: la natación, el ski, la marcha, el baile, ese arte admirable del que se ha hecho un arte despreciable, etc. Estos, ejercidos con moderación y otros que ahora olvido, ofrecen mucho mejor interés que todas esas exhibiciones deportivas, a las cuales las muchedumbres estúpidas dan tanta importancia. Pues, pueden continuar a regenerar moralmente a la especie humana, conformemente al viejo adagio latino: una mente sana en un cuerpo sano. El atletismo, tal cual lo practicaban los griegos, era un arte, pero el que ahora se practica carece de belleza. Ha contribuido, como los ya criticados, a la degeneración de la especie humana.

Gérard de LACAZE-DUTHIERS

(Trad. V. M.).

(1) Nombre derivado de un pugilista llamado «Cerdán», la figura «principal» entre los boxeadores galos, cuando Lacaze-Duthiers escribió este artículo.

(2) Sur de Francia.

(3) Parte septentrional francesa.

(4) Tipo de automóvil francés, marca Citroën, cuyas ruedas delanteras son motrices y directrices.



VIDA SENCILLA Y PENSAMIENTO ≡ ELEVADO ≡

Henry David THOREAU

(Conclusión)



El interés de Thoreau por las flores y los pájaros originaba en las profundidades de su espíritu y se enlazaba con la naturaleza, cuyo sentido nunca se arriesgó a definir. Siempre se negó a presentar una memoria a la Sociedad de Historia Natural bostoniana. «¿Para qué?—argumentaba. —Si despojar a la descripción en sí de todo vínculo con mi pensamiento, sería quitarle su veracidad y su valor para mí, y esto ¿qué puede interesarle a esas gentes!»

Múltiples sentidos revelaba en él su gran poder de observación. Veía como un microscopio, oía cual si tuviera un cornete acústico, y su memoria fotografiaba cuanto veía u oía. Y no obstante, nadie apreciaba mejor que él, de que no es el hecho por sí mismo el que importa, sino la impresión o efecto que espiritualmente nos produce. Cada hecho ocupaba en su pensamiento un lugar de privilegio, casi glorificado, prototipo del orden y de la belleza circundante.

Arguía que de vez en cuando le parecía ser uno de tantos seres naturales que pueblan los bosques, y que de haber nacido entre los indios, hubiera llegado a ser un indómito rebelde. Pero la cultura de Massachusetts sobre él pesaba, y por eso se redujo al estudio de la botánica y de los peces más inofensivos.

Al ver su intimidad con los animales, venía a nuestra memoria lo que solían decir de un observador de abejas: «O bien—narraban—hablaba con las abejas o las abejas hablaban con él.» No tenía miedo de que las serpientes se enroscasen en sus piernas; o que los pecillos nadasen cerca de él, a los que jugando retiraba

del agua y los volvía a dejar caer en ella; solía extraer a las marmotas de sus madrigueras tirándoles de a poco la cola, y protegía a los zorros contra los cazadores. La magnanimidad de nuestro naturalista era perfecta. Parecía no conocer secretos. Si con vosotros iba hacia un nido de garzas o hasta el pântano de rica vegetación que entre todos prefería, era porque sabía muy bien que volviendo solos no lo encontraríais nunca.

Ninguna universidad se dignó ofrecerle diploma alguno, ni siquiera una simple cátedra; ninguna academia lo nombró secretario correspondiente, explorador titular o simple miembro.

Muy posible es que tales corporaciones de sabios temían la sátira que hubiera representado su sola presencia entre ellos. Y, a decir verdad, pocos como él conocían los secretos y el genio que se manifiesta en la naturaleza, ni mucho menos en forma tan extensamente sintética y hermosa. Muy sin cuidado le tenían las opiniones ajenas. Limitaba su culto a la expresión exacta de la verdad. Como por doquier descubría en los sabios propensión al servilismo y a la cortesanía, los juzgaba desacreditados. Al principio la gente del pueblo prefería ver en él a una especie de tipo muy original, pero al fin terminaron por respetarlo y luego admirarlo. Los colonos y los granjeros que utilizaban sus servicios de agrimensura, enseguida descubrieron la rara exactitud y maestría, en el amplio conocimiento de sus tierras, de los árboles, de los pájaros, de las antigüedades de los indios u otros pasados pobladores, etc., cosas todas que le permitían decir a los campesinos mucho más de lo que ellos sabían sobre sus campos, tanto que acabaron por fin de convencerse que «el verdadero dueño de sus propiedades era Thoreau y no ellos». Asimismo se dieron cuenta de la altura de miras

de su carácter, cuando se dirigía a todos con sabiduría moral.

Abundan en Concord los restos fósiles de los indios, tales como puntas de flechas, piedras labradas y diversos objetos de alfarería. En las orillas del río Concord, pirámides de conchillas y montones de cenizas, indican los lugares frecuentados otrora por los indios. Esto, y cuanto concernía a los indios, llamaba poderosamente su atención. Los viajes que hizo por el Maine, fueron motivados e inspirados por su amor hacia los indios. Tuvo para él la gran satisfacción de ver construir canoas de troncos y de conocer su hábil manejo en las rápidas corrientes. Sobre todo le intrigaba la fabricación de puntas de flechas de sílex, y es así como en las postimerías de su vida le encargó a un joven que partía rumbo a las Montañas Rocosas, de encontrar a algún indio que pudiera revelar~~le~~ ^{le} ~~su~~ ^{su} secreto. «Buen vale la pena—comentaba—ir hasta California para conocerlo.» De vez en cuando, alguna tribu de indios Penabacotos acampaba en las cercanías de Concord, y durante breves días ponían sus tiendas cerca de las orillas del río. No tardaba mucho Thoreau en relacionarse con ellos, aunque sabía que con sacarle algo a los indios era como predicar la moral a los castores y a las cornejas. En su último viaje por el Maine tuvo la gran satisfacción de hablar con José Polis, un inteligente indio que le acompañó en sus excursiones durante varias semanas.

Todo cuanto acaecía en la naturaleza le atraía por igual. Con sus profundas percepciones descubría la identidad de los ritmos naturales, y no conozco otro genio que haya podido inducir como él lo hacía, extrayendo de un simple hecho, los ritmos universales. Pero en su modalidad nada había del especialista o del pedante. Admiraban sus ojos la belleza y su oído se maravillaba con la música. Y estas cualidades no significaban una rareza suya, pues por doquier hallaba él música y belleza. Y es así como percibía las más delicadas musicalidades de los acordes más simples y encontraba sugestión poética hasta en el bordoneo de los hilos telegráficos.

Para él era de gran valor la imaginación, que eleva y sirve de consuelo para nuestra inteligencia, y le agradaba crear símbolos con el pensamiento. No era para él la acción o el hecho comprobado lo que valía, sino las impresiones producidas. Y es por esto que su misma presencia era poética y atraía hacia su persona la necesidad de conocer sus más profundos secretos espirituales. Recatado en grado sumo, nadie podía hacerle descubrir aquellas enseñanzas que los superficiales habrían de profanar, y agradábale el arte de esconder sus experiencias tras un velo poético.

Los que hayan leído «Walden o la vida en los bosques», recordarán sin duda aquel relato de sus desilusiones: «Perdí hace mucho un perro, un caballo y una tórtola, y siempre me hallo sobre sus rastros. Conté a muchos vecinos mi pérdida, les hablé de ellos, les describí sus rasgos y al llamado que respondían. Luego conocí a uno o dos viajeros que encontraron al perro, que oyeron el galope del caballo, y que vieron a la tórtola desaparecer detrás de una nube, y estaban tan deseosos de encontrarlos como si fueran ellos los que los habían perdido.»

Thoreau era la sinceridad misma. El hábito del realista que ve en todas las cosas lo contrario de su apariencia, le inducía a convertir sus juicios en parábolas. Cierta propensión algo agreste desfiguraba sus tempranos escritos, giro retórico que tampoco ha desaparecido totalmente de sus últimos y que consiste en substituir la palabra y el pensamiento corrientes, con lo que diametralmente les es opuesto. Elogiaba el aire familiar de las colinas silvestres y de las selvas invernales. Encontraba algo de pesado y cálido en el gélido hielo y en la nieve, y hasta atribuía a la soledad semejanza con Roma y con París. «Había tal sequedad, escribía, que se hubiera podido creer que había humedad.»

Su tendencia en magnificar el momento en que se vivía, el momento presente que le hacía unificar los ritmos naturales en un solo objeto o combinación de objetos puestos ante su vista, quizás podrá parecer algo risible para todos cuantos no compartan la percepción de identidad del filósofo. Para Thoreau no existía la extensión. La laguna era un océano en pequeño. El Atlántico un gran lago de Walden. Establecía la relación del más insignificante hecho con la gran totalidad cósmica. Aunque era apasionado por la exactitud, parecía tener la idea fija de que la ciencia de un solo de nuestros días es ya una ciencia completa. Los sabios, según decía (acababa de descubrirlo) desdénaron casi siempre el descubrir tal variedad botánica particular y habíanse olvidado de relatar los granos, contar los sépalos, etc. «Claro está—alguno le respondía—, esos pobres sabios no han nacido en Concord; pero ¿qué es lo que puede hacer suponer de que hayan en realidad nacido?... ¡Ah sí, los infelices! Nacieron en Londres, París o Roma. ¡Pobres de ellos! Hicieron lo que pudieron, sin haber visto nuestros lagos o lagunas. Por lo demás, ¿para qué os creéis que nació un tal Thoreau, si no para enriquecer las observaciones de dichos sabios?»

Aunque ridiculizara toda elegancia convencional, poseía buen número de propias elegancias. Y es así como no podía soportar ciertos ruidos mundanos. Prefería no andar por carreteras conocidas y caminaba sobre la hierba, por las montañas y los bosques. En sus sentidos poseía una maravillosa acuidad. Y nos aseguraba que durante la noche, las casas exhalaban una respiración nociva, como la atmósfera de los mataderos. Le agradaba sobremanera la pura fragancia del trébol. Dedicaba un especial culto a ciertas plantas, especialmente al nenúfar, luego a la genciana, a la micania, a la siempreviva y a un tilo silvestre que solía visitar todos los años cuando florecía a mediados de julio. El olfato era considerado por él más oracular y digno de confianza que la vista, para sus descubrimientos, pues decía que revelaba lo que escapaba a los demás sentidos. Gracias a él, parecía descubrir todo lo terrestre. Para él los ecos «eran las únicas voces fraternales» que oía. Era tan grande su amor por la naturaleza y le hacía tan feliz la soledad, que las prefería a las ciudades ruidosas que corrompen al hombre, con sus moradas de refinamiento y artificio.

Continuaba el hacha destruyendo las florestas. «Esos locos—exclamaba—, nunca podrán derribar las nubes. ¡Cuántas hermosas figuras de blanco fibroso en el cielo azul escapan a su furia destructiva!»

A manera de apéndice ilustrativo reproduzco algunas frases escogidas al azar en sus inéditos manuscritos, pero no solamente para recordar lo que Thoreau pensaba y sentía, sino más bien por su fuerza descriptiva y por su perfección literaria.

«El joven reúne materiales para construir un puente hasta la luna, o una buena morada sobre la tierra; finalmente, el hombre maduro se contenta con edificar un buen cobertizo donde poder serrar su madera.»

«Sólo se puede ser confidente con quien sabe mostrar un rostro de bronce al deseo.»

«El pájaro azul lleva el cielo sobre su espalda.»

«La tanagra púrpura atraviesa al vuelo el verdor de las hojas como si quisiera prender fuego al follaje.»

«Agua inmortal, viviente hasta en las superficie.»

«Ningún árbol tiene tan hermoso tronco ni empeine tan elegante como el abedul.»

«¿Cómo pudieron penetrar los bellísimos tonos del arco iris en el interior de la almeja de agua dulce, enterrada en el légamo fangoso del agua profunda?»

«¿Cómo esperar una cosecha de pensamientos si nos falta la siembra del carácter?»

«La poesía no prospera en la atmósfera de la erudición.»

«No se aprende fácilmente el oficio de la vida.»

«Es voluble aquél que no sabe de un modo absoluto qué es cierto o correcto, que no tiene una sabiduría antigua para toda la vida, sino todas las horas una nueva prudencia.»

«Yo no he nacido para ser obligado a nada. Insisto en vivir a mi manera... La planta que no puede vivir de acuerdo con su naturaleza, muere; con el hombre ocurre lo mismo.»

«El que trabaja de un modo verdaderamente eficiente no colma su jornada de trabajo, sino que asoma a su tarea rodeado de un ancho halo de calma serena... Los que trabajan mucho no trabajan con ahínco.»

«Logran éxito aquellos autores que no escriben al gusto de los demás, sino que convierten su propio gusto y criterio en su público.»

Existe una bellísima flor alpina que es conocida por los botánicos, perteneciente a la misma especie que la siempreviva y que crece en los peñascos más inaccesibles de las montañas tirolesas, donde apenas si se arriesgan las gamuzas. Algunos jóvenes, atraídos por su belleza e impulsados por el amor, suelen escalar los más altos y lejanos peñascos en su busca; pero, a veces mueren con la flor en la mano al pie de las montañas. Llamen los suizos a la flor *Edelweis* que significa «Noble Pureza». Thoreau, al parecer, vivía esperanzado en hallar dicha hermosa flor. Era tan amplio el campo de estudio que se extendía ante su vista, que le habría sido necesario vivir centenario para recorrerlo, y nada nos pre-disponía en verdad para su desaparición tan temprana e inesperada. No puede prever América y el mundo lo grande que era el hijo que ha perdido. Y parecería que hay una injuria, al marcharse y dejar su obra ininterrumpida y que nadie podrá terminar.

¡Qué indignidad ver a un pensamiento tan noble ausentarse para siempre de la naturaleza, sin haber mostrado a sus semejantes lo que realmente era! Pero por lo menos él es ahora feliz. Poseía un pensamiento hecho para la compañía de los más nobles seres; en su corta existencia agotó cuanto el mundo puede brindarnos. Allí donde florezca la sabiduría, la virtud y la belleza, Thoreau siempre tendrá un hogar.

Ralph Waldo EMERSON

Trad. V. M.

NOTA.—Thoreau murió en mayo de 1862, a la edad de 44 años, en el mismo pueblo de Concord. Su amigo Emerson, leyó lo que acaba de leerse ante la tumba del filósofo y en presencia de numerosos amigos que rindieron el último tributo amistoso al extinto. Este trabajo fué publicado luego numerosas veces y lo sigue siendo siempre en idioma inglés, principalmente en Norteamérica. Al adaptarlo al idioma castellano, he procurado hacer conocer un poco más entre los que lo hablamos, la noble figura y el vigoroso pensamiento de Thoreau.—V. M.



El pensamiento vivo de THOREAU

(Conclusión)

Cierta tarde, hacia fines del verano, habiendo ido yo a la villa a recoger unos zapatos del taller del remendón, fui tomado preso y puesto en la cárcel, porque, como lo he relatado en otra parte, no había pagado un impuesto, o sea no había reconocido la autoridad del estado que compra y vende hombres, mujeres y niños, como ganado, a las mismas puertas de su senado. Pero dondequiera que vaya un hombre, los hombres lo perseguirán y lo manosearán con sus inmundas instituciones, y si pueden lo obligarán a pertenecer a su inevitable sociedad de «oddfellows». Yo habría podido resistir violentamente con más o menos éxito, podía haber corrido el «amok» contra la sociedad; pero preferí que ella lo hiciera contra mí y fuera ella la desesperada.

Estoy convencido de que si todos los hombres vivieran con tanta sencillez como yo, no existirían ladrones ni robos. Estos se producen solamente en comunidades donde algunos tienen más de lo suficiente y otros menos de lo necesario.

El gran comilón es un hombre en estado de larva, y hay naciones enteras en tal estado, sin imaginación ni fantasía, traicionadas por sus vastos abdómenes.

Pienso que el agua es la única bebida adecuada para un hombre sabio; el vino no es un licor tan noble; ¡y pensad en lo horrible de frustrar las esperanzas de una mañana con una taza de café caliente, o las de un atardecer con otra de té!

¡Tener relucientes las perillas de las puertas del diablo y fregar sus cubas en este día brillante! Mejor es no tener casa. Tener, por ejemplo, algún hueco en un árbol y no atender visitas por la mañana, ni ofrecer recepciones a la hora de comer.

Si alguna vez me encontrase en un palacio moderno, lo único que aprendería es a salir de allí.

Ningún estado de tiempo impidió fatalmente mis paseos, o más bien mis largas salidas, pues con frecuencia caminaba ocho o diez millas por la nieve más espesa, para acudir a una cita que tenía con un haya o un abedul amarillo, o algún viejo conocido entre los pinos.

Una vez tuve un gorrión parado en mi hombro por un momento, mientras carpía en un jardín de la villa, y me sentí más distinguido por eso, que si llevara charreteras.

Un día vino un hombre desde Lexington a mi choza a preguntar por su perro, cuya pata dejaba una huella gran-

de, y que había estado solo cazando durante una semana. Pero creo que no aprovechó nada de lo que le dije, pues cada vez que yo trataba de contestar a sus preguntas él me interrumpía, preguntándome: «¿Qué hace usted aquí?» El había perdido un perro, pero encontró a un hombre.

Por fin los rayos del sol han alcanzado el ángulo recto, vientos cálidos barren la niebla y la lluvia, licuan los bancos de nieve, y el sol, disipando la niebla, sonríe sobre un variado paisaje bermejo y blanco, humeante de incienso, a través del cual el caminante va de isleta en isleta, alegre por la música de mil sonoros arroyuelos y cañadas que van llevando lejos, en sus venas, la sangre del invierno.

La tierra no es un fragmento de historia muerta, estrato sobre estrato, como las hojas de un libro, para ser estudiado por geólogos y en especial por anticuarios; sino poesía viviente, como las hojas de un árbol que preceden a las flores y frutos; no es una tierra fósil, sino una tierra que vive; y comparada con su gran vida central toda la vida animal y vegetal es meramente parásita.

¡El primer gorrión de la primavera! ¡El comienzo del año con una esperanza más joven que nunca! Los débiles gorjeos del azulejo y del gorrión cantor se oyen sobre los campos parcialmente desnudos y mojados, como si los últimos copos del invierno tintinearán al caer. ¿Qué son las historias, cronologías, tradiciones, y todas las revelaciones escritas, cuando han llegado días tales?

El cambio del tiempo borrascoso e invernal en una atmósfera serena y suave, de las horas perezosas y oscuras en brillantes y elásticas, es una crisis memorable que todas las cosas proclaman. Al fin, parece ser un cambio instantáneo. De pronto una afluencia de luz llenó mi casa, aunque la noche estaba próxima, y las nubes del invierno todavía estaban suspendidas sobre ella, y del alero se escapaba la cellisea. Miré por la ventana, y, ¡oh!, donde ayer estaba el hielo gris yacía ahora el lago transparente, tranquilo ya y lleno de esperanza como en una tarde de verano, reflejando en su pecho el cielo de un atardecer estival, aunque nada de eso era visible en lo alto, como si estuviera en inteligencia con algún remoto horizonte. Oí un petirrojo a la distancia, el primero que oía desde miles de años atrás, pensé, y cuyas notas no olvidaré por muchos otros milenios; era el mismo dulce y poderoso canto de antes. ¡Oh el petirrojo de la tarde que cae al final de un día de verano de Nueva Inglaterra!

Seríamos bienaventurados si viviéramos siempre en el presente, y aprovechásemos cada incidente que nos acontece, como la hierba que revela la influencia del más ligero rocío que cae sobre ella.

Alzando la vista observé un hábil y gracioso halcón. No volaba como una mariposa, ni se cernía como los halcones más grandes, sino que jugaba con orgulloos confianza en los campos del aire; subiendo más y más con su extraño cloqueo, repitiendo su libre y bella caída, dando vueltas y vueltas como un barrilete, y luego se resacía de su altivo descenso, como si nunca hubiera puesto sus pies en tierra firme. Parecía no tener compañero en el universo—revoloteando allí solo—, y no necesitar a nada más que a la mañana y el aire con los que jugaba. No estaba solitario; lejos de eso, toda la tierra parecía solitaria debajo de él. ¿En qué parte de los cielos estaba su padre y la madre que lo empolló? ¿El morador del aire parecía relacionado con la tierra por un huevo empollado en la grieta de un riseo; o habría estado su nativo nido en el rincón de una nube, tejido con franjas del arco iris y del cielo del ocaso, y adornado con algunos delicados vapores del verano alzados en la tierra? Su albergue debe ser ahora alguna roca escarpada.

Yo he venido muchas veces a estos prados en las mañanas primaverales, saltando de morón en morón, de tocón de sauce en tocón de sauce, cuando el silvestre valle del río y los bosques estaban bañados en tan pura y brillante luz, que habrían despertado a los muertos, si, como se supone, durmieran en sus tumbas.

Nuestra villa se estancaría si no fuese por las florestas y prados inexplorados que la rodean. Necesitamos el tónico de lo silvestre; vadear a veces pantanos donde se esconden el bitor y las gallinetas, y oír el estampido del becardón; oler la susurrante juncia, donde solamente alguna ave aun más solitaria construye su nido, y el visón se arrastra con su vientre pegado al suelo.

Nunca podremos saciarnos de la naturaleza. Necesitamos refrescarnos viendo su vigor inagotable, vastos y titánicos rasgos: la costa del mar con los restos de naufragios, el desierto con sus viviendas y sus descaecidos árboles, la nube electrizada, y la lluvia que dura tres semanas y produce inundaciones. Necesitamos ver nuestros propios límites transgredidos y alguna vida pastando libremente allí donde jamás hemos vagado.

Vuelve recta la mirada a tu interior y mil regiones hallarás en ti aun no descubiertas. Hazte experto, viajando por allí, en tal cosmografía.

Explora tus propias altas latitudes. Sé un Colón para todos los nuevos continentes y mundos dentro de ti, abriendo nuevos canales, no al comercio, sino al pensamiento.

Hay continentes y mares en el mundo moral, de los cuales cada hombre es un istmo o una entrada, todavía inexplorados para él. Sin embargo, es para muchos más fácil navegar miles de millas de fríos, tormentas y caníbales, en una nave del gobierno, que explorar el mar privado, el Atlántico y el Pacífico que hay en cada uno de nosotros.

Que vaguen y escruten la remota Australia. Me quedo yo con mi flauta encantada, mientras prosigan ellos el camino.

Obedece el precepto del viejo filósofo y explórate a ti mismo.

En la medida que simplifiques tu vida, el ritmo del universo te parecerá menos complejo y la soledad no será para ti soledad, ni la pobreza pobreza, ni la debilidad debilidad.

El sentido común es el sentido de los hombres dormidos, que ellos expresan roncando.

Algunos hallarían defectos hasta en lo rosado de la aurora si se levantasen temprano. Mientras en Inglaterra tratan de curar la enfermedad de las patatas, ¿por qué nadie trata de curar la podredumbre del cerebro, que prevalece de modo tan vasto y tan fatal?

La pureza que aman los hombres es semejante a las nieblas bajas que envuelven la tierra y no el éter azul de las alturas.

Si un hombre no marcha a tu mismo paso, quizás sea porque oye un tambor diferente. Marche, pues, según la música que oiga, cualquiera sea su compás y lejanía.

En los momentos de clara visión, miramos solamente los hechos, el caso real. Dice uno lo que tiene que decir, y no lo que debe decir. Cualquier verdad es mejor que un artificio.

Por mezquina que sea tu vida, afρόntala y vívela; no la esquives, ni la califiques con duros nombres. No es tan mala como tú. Parece la más pobre cuando tú eres el más rico. El criticón hallará faltas aún en el paraíso. Ama tu vida, pobre como es. Puedes tener quizá algunas horas placenteras, emocionantes, gloriosas, hasta en un hospicio. El sol al ponerse se refleja en las ventanas de un asilo como en las de la morada del hombre rico; la nieve se derrite ante su puerta con igual premura que en otras partes. No veo por qué una mente serena no ha de vivir allí tan contenta y tener tan alegres pensamientos como dicen los hay en un palacio.

Cultiva la pobreza como una hierba de jardín, como la juncia. No te preocupes mucho por obtener nuevas cosas, ya sean vestidos o amigos. De vuelta a las viejas, retorna a ellas. Vende tus vestidos y conserva tus pensamientos.

La riqueza supérflua sólo puede comprar superfluidades. No se requiere dinero para comprar alguna cosa necesaria a la belleza interna.

Antes que dinero o fama, dadme verdad. Me senté a una mesa en la que había ricos manjares, vino en abundancia, y obsequiosos ayudantes; pero la sinceridad y la verdad no estaba allí, y me escapé, hambriento, de aquella mesa inhospitalaria. La hospitalidad era tan fría como los helados; pensé que no había necesidad de hielo para preparararlos. Me hablaban de la edad del vino, y de la fama del viñedo; pero yo pensaba en un vino más añejo, más nuevo y más puro, de una vendimia más gloriosa, que ellos no habían tenido, ni lo podían comprar.

Selección de V. Muñoz.

* *

La vida y los libros •

«CITA CON VENUS»

por Jerrard TICKELL

EL lector avisado habrá podido observar que en la rúbrica La vida y los Libros comentamos éstos, no por lo que de libros tienen, sino por la relación que guardan con la realidad de la propia vida, en el sentido más aplicativo de la palabra.

Sin esa aplicación, sin esa utilidad primordial que atribuimos a nuestras lecturas y a nuestra misión, la rúbrica no tendría razón de ser. No escribimos para deleitarnos ni para entretener. Escribimos y comentamos para despertar ideas y para ayudar a la formación de carácter, conducta y personalidad.

Es en virtud de esta misión que no hemos vacilado de comentar en esta ocasión el libro de Tickell, quien, aunque, a primera vista parece que haya de toparse con un J. Poncela preguntándose si «¿Hubo once mil vírgenes?», cuando terminas la lectura te das cuenta que no es así.

No, «Cita con Venus» no es una novela rosa en las que la ilusión se mezcla con la realidad, o las aventuras, candidamente amorosas, con el adulterio más refinado — adulterio, que dicho sea de paso, no es más que un grito de guerra contra la propiedad.

Es cierto que, como casi en todas las novelas, al final de «Cita con Venus» hay alguien que se casa o que se muere, pero eso no tiene nada que ver con la enseñanza que motiva su comentario y que se encuentra a todo lo largo de este libro.

«Cita con Venus» es una serie de lecciones provechosas para la lucha social y humana en sus múltiples aspectos respecto al comportamiento del hombre en épocas de clandestinidad, tan necesaria en nuestros tiempos, en los que lo clandestino, conspirativo y tenebroso es general y consustancial a la sociedad que nos rige.

Se sitúa en los años 40-44 y se refiere a episodios de guerra anti-nazi. Pero es aplicable a todos los años y a todas las guerras.

Desde luego, no es un texto de técnica militar. No hay ejércitos que se enfrentan. Hay, de un lado, ocupación militar de una isla de 300 habitantes, contra cuyo ocupante lucha un puñado de hombres valientes, una mujer y un niño.

En una lucha clandestina se aprovecha todo. No se tiene en cuenta más que el resultado. Las maneras, las formas, son infinitas: antipatías a multiplicar en campo enemigo, como la explosión de un polvorín. Todo se aprovecha y es aprovechable.

El cuento de la nariz de Cleopatra puede aplicarse mil

veces por minuto: el mugido de una vaca, el delirio de un borracho, un botón de la chaqueta mal colocado, el corto tiempo de un beso, puede cambiar la faz del mundo.

El capitán Weis leyó un bando: Todos los habitantes de la isla deberán permanecer en sus casas entre las once de la noche y las seis de la mañana. ¡Qué cosa!, todas las invasiones se parecen; todos los bandos militares también.

El año 36, en los pueblos del bajo Aragón, los fascistas ya lanzaron la misma orden, y es que a nadie mejor que a los militares se les puede aplicar la regla de la sustracción.

Para ocupar un país no se desprecian armas, por despreciables que éstas sean.

Weis, representante del Führer, era el jefe de los isleños. Este pensó que en el gajnate de un borracho podría encontrarse la semilla de la corrupción.

Una vez ocupado un país, más que problema militar se ventila un problema civil de dominio que ese resuelve mediante el reconocimiento, el aislamiento, la explotación o el aniquilamiento, según los casos, de un hombre influyente entre la población.

La codicia, la glotonería, el temor, la lujuria, son instrumentos de ayuda al vencedor; por eso, Weis agregó en su bando: Las tascas y las bodegas pueden permanecer abiertas toda la noche. El alcohol, los licores, podrán circular con entera libertad.

Cuatro siglos de paz en la isla de Armorel permitieron a sus habitantes el desprecio de las armas y el más alto respeto entre los humanos. Nunca habían pensado en el empleo de la fuerza. Pero no tardó en surgir el terrible dilema de la violencia y de la no violencia.

El sargento Vogel, mitad Hitler, mitad Dencás, amenazaba con la pistola al pacífico preboste de la isla.

—Aparte esa arma tonta. Puede estar cargada.

—Lo está.

—Entonces apártela como una buena persona. Podría dispararse. Y sin inmutarse continuó: Permítame que le diga que el matar no resuelve nada. El asesinato es la consecuencia de la bancarrota mental e intelectual y todo lo que hace es crear una multitud de problemas nuevos. Acallar una lengua por la violencia es poner en movimiento un millar de lenguas.

No tardan los ingleses de la isla de Armorel a perder paciencia, civismo y pacifismo.

Hasta aquí, la ocupación era discreta, la resistencia también. Empero ahora, hasta los niños resistían al ocupante.

El centinela ofreció una manzana al niño. Este la rechazó. Se la echó a sus pies y ordenó recogerla. El niño permaneció inmóvil y mudo.

La actitud de este niño es un símbolo. Si todos los ejércitos topasen con el mismo desprecio, incluso frente a sus acciones de aparente inocencia y benignas, como el de ofrecer una manzana; si el pueblo español supiese esta lección y se comportase como los protagonistas de «Cita con Venus» ¡cuán diferente sería la situación de España!

Los habitantes de Armorel, tradicionalmente respetuosos para con la persona humana, empezaban a distinguir entre un hombre y un soldado.

El preboste negaba al soldado la cualidad de hombre. Si el hombre no es más que un intermedio entre Dios y el mono, ¿qué plaza ocupará el soldado?

LA CIENCIA AL SERVICIO DE LA GUERRA

—Es curioso que un hombre arriesgue su vida por un puñado de piedrecitas ¿verdad?

—Pero, ¿para qué es eso?

—Algún día volveremos a desembarcar en la costa europea. Sería triste que nuestros blindados quedaran empaniñados por nuestra ignorancia de la composición física de la costa.

Así se expresa un coronel. El más mínimo detalle puede influir poderosamente en la decisión última de la guerra. Ayer ésta era la ciencia de la fuerza. Hoy es la fuerza de la ciencia.

Jerrad Tickell en su «Cita con Venus» «hace alterar imágenes de guerra con ejemplos y bases de paz.

«El capitán alemán preguntó en tono amistoso:

—¿Cómo va esa pintura?

Lionel se encogió de hombros y contestó rudamente:

—Uno de los requisitos para poder trabajar decentemente es tener la sensación de libertad, y uno difícilmente puede decir que tiene esa sensación en Armorel. Mi pintura se ha endurecido y hecho angular. La facultad de lo suave y de lo amable ha huido de mis dedos. Pinto celdas, capitán Weis, celdas vistas desde dentro. Si tratase de pintar ese campo, me saldría patio de ejercicio de una cárcel. Si pintase gaviotas, se les vería a través de un enrejado.

(Salvador Galí podría tomar ejemplo de dignidad.)

—Queda invitado a beber cerveza, dijo el militar.

—En una atmósfera de pistolas y uniformes, su cerveza me amargaría la boca.

En último esfuerzo para corromperle, el capitán Weis le hizo la proposición siguiente:

—Es usted un hombre decente y respetable. En premio le entrego este pasaporte con el cual nadie, ni centinelas ni guardias podrán interrumpir su paso en Armorel. Es usted completamente libre.

—No puedo aceptar eso, Weis. Yo soy ante todo un habitante de Armorel. Después de eso soy pintor. No deseo tener más privilegios que mis amigos. Démos esa libertad a todos y... le pintaré un cuadro.

¡Oh! cuando uno lee estas líneas y piensa en España, exclama: ¡Qué lástima que el pueblo español y los demás pueblos que gimen bajo el yugo de un César!...

Además de muchas lecciones de lucha clandestina y de conducta digna, «Cita con Venus» describe escenas de espionaje de guerra y de psicología femenina. Una mujer interviene en curiosa operación militar. Escondida en una casa ocupada por los alemanes, al remover el pie dió con un nabo y éste rodó escaleras abajo poniendo en peligro formal la difícil y peligrosa operación «Venus». Un gato salvó todo al aparecer pacífico e indiferente en lo alto de la escalera. A él atribuyeron los alemanes haber originado la caída del nabo.

Las líneas de «Cita con Venus» rezuman por los cuatro costados sabor antimilitarista.

He aquí cómo narra un desfile militar:

«Era un pelotón de soldados que regresaba de alguna misión malvada realizada durante la noche. La suya no era una canción matinal, sino una canción de guerra, victoria y muerte, y la gritaban haciendo sonar sus botas como un coro macabro.

Los soldados eran jóvenes, capaces y resueltos, y le pareció que entraban gritando blasfemias en la boca de una tumba. Una impresión de cráneos con cascos de acero.

Frente a ellos, hombres y mujeres, sin la ventaja del previo bombardeo.

El guerrillero lleva el temor como compañero y como única recompensa la muerte por medio de la bala, la horca o la tortura.

Los que sobreviven a una operación militar no son más que para intervenir en otra operación militar cuyos resultados se concretizan en unas líneas que a modo de cartas oficiales la secretaría envía a la retaguardia, de las cuales reproducimos modelo: «Con el mayor pésame debo informarle que en el día de ayer... muy gloriosamente... su hijo... o su hermano... o su esposo...»

El final ya se comprende.

Poco importa que en este libro Venus sea una vaca para cuyo rescate haya hombres que exponen la vida.

Lo que importa es la serie de circunstancias y de fuerzas fortuitas, científicas y psicológicas que interviene; la defensa que se hace de la libertad pisoteada y la unanimidad de un pueblo conseguida para el combate.

¿Cuándo, España, acudirá a la cita con su Venus?

M. CELMA



Frutos de la pedagogía autoritaria

Conquistadores de niños



CONQUISTADOR, en el augusto y vasto campo de la educación es, a mi entender, un guerrero, un invasor y violador de conciencias, un exterminador o esterilizador de voluntades humanas que resistense a ser humilladas, dominadas y pisoteadas. «Nadie libre de pensar y obrar opuestamente a los intereses que representa la Autoridad que «sufraga» los gastos de conquista del niño. ¡Ay del pequeño que se atreva a levantarse contra ella pública y abiertamente! Todos los individuos han de ser subordinados y conducirse de acuerdo con sus dictados de los que yo, su leal **soldado pedagógico**, soy portavoz.» Así exprésase, y ha de actuar, cada miembro del ejército magisterial, cada «número» de las legiones pedagógicas a sueldo de la Autoridad. Y aunque no lo digan a viva voz esa es su conducta frente a los educandos y a las familias de los mismos.

Todos los maestros del Estado—salvo muy honrosas excepciones—libran su primera gran batalla por la **conquista** moral e intelectual de los seres humanos en sus primeros años de existencia. Obedecen a la Autoridad que sabe que su enemigo más difícil de vencer, de conquistar y dominar es el individuo con iniciativa y espíritu de originalidad, de libre pensar, con voluntad propia indoblegable. Pero **conquistando** al niño desde que da los primeros pasos escolares en el futuro, ofrece menos o ninguna resistencia a las actividades inmorales, despóticas y antivitales de la Autoridad, venero de todos los males evitables—causados por las injusticias económicas y sociales—que sufre la Humanidad. He aquí por qué la Autoridad mantiene en pie de guerra legiones de maestros aunque con misérrimas soldadas. Si pudiera ahorrarse ese gasto lo haría; pero necesita a sus «soldados pedagógicos» para invadir y conquistar, tempranamente, el «terreno» humano con objeto de obtener, con seguridad y menos riesgo, y por más tiempo, la explotación y dominación del mismo. Sin embargo, cada día lo empobrece más y más. Pero a la Autoridad la tiene sin cuidado. Sólo a ese precio puede continuar existiendo. A ella le importa vivir ella, solamente ella.

Cuando más dócil y más accesible a la conquista es el educando tanto mejor alumno considéralo el maestro que ejerce en la escuela-cuartel. Su ambición primordial es ascender, rápidamente, por el escalafón—saltando grados a ser posible—del magisterio para obtener salarios más elevados. No se detiene a pensar, un momento, que la

Educación, como ciencia, ha de situarse por encima de todos los sistemas de gobernar que son transitorios. Si reflexionara se daría cuenta que la Autoridad es lo negativo de la vida y que él, el Hombre, es el verdadero y positivo valor psico-biológico permanente. Pero ¡qué va! Generalmente hablando, se concreta a obedecer al bajo vientre y exige al alumno «voto de obediencia» a la Autoridad, al régimen vigente o al que «ordena y manda», en la hora que él ejerce de maestro, aunque sea el sujeto—o conjunto de sujetos—más ignaro e inmoral que vive en el planeta Tierra.

La Autoridad pretende ser dueña, «eternamente», de cuanto el sol ilumina. Y no tolera que el niño—y menos el hombre—se rebele contra sus disposiciones por injustas que sean. Si el maestro observa que el educando intenta desconocerlas, combatirlas o burlarlas, en defensa de su salud y de su personalidad hollada ¡pobre de él! Sobre su débil cuerpecito descarga, implacable y despiadado, toda su furia autoritaria. No consiente la desobediencia, bajo ninguna razón, por válida que sea, porque él mismo, servilmente, como «soldado pedagógico», ha hecho abdicación de su voluntad en beneficio de la Autoridad. Y el niño desobediente, porque quiere pensar y razonar por sí mismo, irrita en grado superlativo. No puede disimularlo. De buena gana lo azotaría con todas las fuerzas; pero no se atreve a pegarle porque se considera antipedagógico el castigo corporal. Sin embargo, de mil modos o con los ojos y muecas, hace gestos amenazadores, que reflejan la ira que experimenta y su odio mal contenido, parece decirle: «No tienes escapatoria; nada puede salvarte de mis garras. Estás a mi merced y te haré penar lo indecible hasta doblegar tu voluntad. Jamás permitiré que la Autoridad, mi dueña y señora, crea que no puedo contigo. Tan poquita cosa: **un niño**, un don Nadie no ha de poder más que yo, un adulto con inteligencia y experiencia en la **conquista** de «terreno humano». Si fracasara perdería el puesto que me permite vivir físicamente... Aunque cobro menos, mucho menos de lo que necesito y de lo que creo merecer por los grandes servicios que le presto. A toda costa tengo que cumplir, con creces, la tarea que me señala la Autoridad: **derrotarte y conquistarte** totalmente. Es inexorable, y sus órdenes has de obedecerlas como yo las obedezco.

«Obedecer o perecer», tal es el dilema que la Autoridad plantea a los hombres. No admite otra posición del individuo ante ella: «Todo o nada; servidor o enemigo». Mal lo tolera mientras no pone en peligro su reinado. Y cuan-

e instrucción es necesaria por parte de la minoría consciente para llevar la mayoría a la lucha. Y todo ese trabajo incansable y la organización, más penosa aún, serían del todo superfluos si estuviésemos bajo los efectos de la ley de bronce, ante la cual toda intervención humana sería ciertamente inútil. En realidad, pasa con esa llamada «ley bronceada de los salarios» lo que con otras muchas «leyes económicas» que nacieron solamente de la fuerza de imaginación de los hombres y cuya acción total consiste únicamente en castrar la fuerza de acción de los que creen en ellas.

Lo mismo que las organizaciones económicas de lucha de los trabajadores, las luchas diarias en favor de mejores salarios son también un resultado del orden económico capitalista, y están dictadas por necesidades determinadas y tan indispensables para las grandes masas obreras, que éstas se hundirían en un abismo de miseria si quisieran renunciar alguna vez a ellas mientras estén bajo el yugo de la esclavitud del salariado. El que no ha comprendido esto hoy, no tiene realmente motivo alguno para ufanarse con su supuesto radicalismo, pues a pesar de todo su revolucionarismo no es más que un inofensivo pequeño burgués, para quien ha permanecido oculto el profundo sentido del movimiento obrero.

Ciertamente, las luchas por el salario no resuelven el problema social; pero constituyen la mejor enseñanza intuitiva para hacer conocer a los trabajadores la esencia de la cuestión social y el problema de su liberación de la esclavitud económica y social, y para prepararlo a la lucha definitiva. Puede también ser exacto que los trabajadores, mientras estén forzados a vender el cerebro y los brazos a un capitalista, en otras palabras, mientras sean esclavos del salario, aparte de pocas excepciones que confirman la regla general, no ganarán nunca más de lo que necesitan para satisfacer sus necesidades vitales indispensables. Pero las necesidades de la vida no son iguales, más bien están sometidas a un cambio continuo, y crecen proporcionalmente con las demandas que los trabajadores presentan a la vida.

¿Quién se atreverá, por ejemplo, a sostener que la existencia del proletariado del período inicial del capitalismo fué la misma que la del obrero actual? El moderno proletario, aparte de las demandas puramente materiales de su existencia, tiene toda una serie de necesidades culturales con que no soñaron siquiera sus antecesores de hace cien años. Para poder satisfacer esas necesidades tuvo que permanecer constantemente en lucha, a fin de conquistarse los medios para un mejoramiento de su vida física y espiritual. Y fueron precisamente esas luchas las que dieron su sello especial al moderno movimiento obrero, que se distingue de todos los otros movimientos de las épocas anteriores.

No se nos diga que no se puede hablar de una elevación de la situación del proletariado, que los esclavos de la antigüedad y los obreros de los gremios de los siglos pasados habrían estado mucho mejor que el actual asalariado, pues su existencia material estaba

LA LUCHA POR EL PAN



Ediciones "CENIT"

siste en la inclinación a girar sin cesar en torno a aquel punto de gravedad a que tiende constantemente, ya un poco sobre él período de (prosperidad en todas las ramas del trabajo), ya bajo él (período de más o menos penuria general y de crisis. La limitación del salario medio a una necesidad vital exige en un pueblo ordinariamente para la conservación de la existencia y para la reproducción — esa es, lo repito, la ley terrible y bronceada que domina el salario en las circunstancias actuales —. Esa ley no puede ser discutida por nadie. Podría mencionarnos en pro de ella tantas garantías como nombres famosos existen en la ciencia de la economía política, y hasta de la escuela liberal misma, pues justamente la escuela económica liberal es la que a descubierto y demostrado esa ley.»

Se comprende que Lassalle, con ese punto de vista, no podía ser amigo de la organización sindical de los trabajadores, y que hasta viera en ella un obstáculo directo para la próspera evolución del nuevo partido fundado por él. Y en realidad, cuando se tiene la convicción que el problema del salario y de la existencia proletaria es determinado por una ley económica inmutable, que actúa por sí misma, sin necesitar la ayuda de los hombres, ¿qué objeto tienen entonces los Sindicatos, qué fin tiene toda lucha de los trabajadores por un mejoramiento de su situación económica?

Era, por tanto, comprensible que Lassalle negase toda significación a las huelgas, y que en 1862, cuando los tipógrafos de Berlín se dirigieron al Ministerio prusiano en pro del derecho de asociación para poder defender sus salarios, llegó hasta rehusar rotundamente toda participación de la Allgemeinen deutsche Arbeiterverein fundándose en que el *derecho de asociación no podía aportar ninguna ventaja a los trabajadores*. Y fué una consecuencia lógica el que los lassalleanos fuesen desde el comienzo hostiles a los Sindicatos y el que resolvieran en 1872, a proposición de Tolcke, la disolución de los existentes que estaban bajo su influencia.

Y sin embargo, todo observador desprejuiciado que no se ciegue de antemano con suposiciones arbitrarias, tiene que decirse que la exactitud de esa supuesta «ley de bronce» está lejos de haberse probado. El hecho solo que los trabajadores estén forzados continuamente a intervenir como poder colectivo en la regulación de los salarios para conquistar mejores precios por su trabajo y una jornada más corta, ese solo hecho es en sí y por sí una prueba de que la llamada ley de bronce del salario no actúa con la inmutabilidad de un hecho económico, sino que los hombres deben maniobrarla siempre.

El obrero, a fin de cuentas, no hace huelgas por el placer de hacerlas. Al contrario, en la mayor parte de los casos toda huelga está ligada para él a una serie entera de privaciones materiales y de consecuencias imprevistas, que, en efecto, no le facilitan la decisión para la lucha.

Todo el que haya tomado parte en las luchas económicas de los trabajadores sabe por su propia experiencia cuánta energía, agitación

otros dominios de la industria. Los obreros, que se habían habituado hacía mucho a ver en los consejos de sus jefes la mano previsora, se sometieron sin resistencia a la decisión que originó la capitulación vergonzosa. En ese suceso se vieron claramente las consecuencias de una educación que ilusiona a los trabajadores con la patraña que la salvación sólo puede venir de arriba, y en consecuencia destruye y entierra en ellos de antemano, sistemáticamente, toda legítima voluntad combativa. Por desgracia, tales ejemplos se pueden mencionar en gran número; pero la historia de los tejedores de Crimmitschau tendrá en los anales del movimiento obrero del otro lado de las fronteras de Alemania a serias consideraciones.

En lo concerniente a la otra afirmación de que no es de ningún modo posible un mejoramiento de la situación del proletariado dentro de la sociedad actual, porque todo aumento de salario tiene por resultado inevitable un aumento de los precios, y el capitalismo, por otra parte, se ve forzado a pagar a los obreros un salario que les permite la satisfacción de las necesidades más elementales, también esa suposición está en la contradicción más evidente con las experiencias de la realidad práctica.

En la realidad, esa concepción, que juega hoy de nuevo un cierto papel en los círculos llamados «radicales», no es más ni menos que una resurrección de la vieja teoría de la «ley de bronce de los salarios», desde hace tanto tiempo refutada por los hechos de la vida que Lassalle y sus partidarios consideraban como una verdad incontestable. En la *Offenen Antwortschreiben* definió Lassalle esa supuesta ley económica del siguiente modo:

«La ley económica de bronce, que en las circunstancias actuales determina, por la dominación de la oferta y la demanda de trabajo, el salario, es ésta: que el salario medio permanece reducido al mantenimiento necesario de la vida exigible en un pueblo comúnmente para la conservación de la existencia y para la reproducción. Este es el punto en que gravita siempre, con oscilaciones de péndulo, el verdadero salario diario, sin que pueda jamás ni elevarse sobre él largo tiempo ni bajar de dicho nivel. No puede elevarse largo tiempo sobre ese término medio — de lo contrario, por la situación mejorada, más llevadera de los trabajadores, se produciría una multiplicación de los matrimonios obreros y de la reproducción proletaria —, un aumento de la población obrera, y con ello la oferta de brazos que reduciría de nuevo el salario a su situación anterior o más aún. El salario no puede caer a la larga bajo el nivel del mantenimiento de la vida, pues entonces se producen emigraciones, soltería, abstención en la reproducción y al fin una disminución del número de los trabajadores, originada por la miseria, lo cual reduce la oferta de brazos y lleva de nuevo el salario a su situación anterior. El salario verdaderamente medio con-

LA LUCHA POR EL PAN

LAS revoluciones no se producen a plazo fijo. En los periodos de descomposición social se comprende la necesidad de una transformación básica, resultado consecuente de toda la evolución de las contradicciones sociales; pero el momento del derrumbamiento permanece indeterminado en extremo. Sucede así que en las fases que preceden directamente al estallido de los sucesos revolucionarios, se precipitan las cosas por lo común en tal forma, que los revolucionarios mismos son sorprendidos por los acontecimientos y, por lo general, no están preparados para nada. Esa es también la causa de que toda revolución, en la primera fase de su desenvolvimiento, avance tan lenta y con tantos titubeos y disperse sus huestes a menudo en inútiles pequeñeces, en lugar de quitar decididamente de enmedio los más importantes obstáculos para su triunfo definitivo y abrir el camino de la iniciativa creadora a las nuevas ideas.

En las masas rebeldes se desarrolla paulatinamente la conciencia de la fuerza que poseen, y eso las impulsa a demandas más radicales y a acciones más atrevidas. Si la revolución adquirió una magnitud tal que puede superar sus primeros ensayos titubeantes y entrar en la vía de las modificaciones decisivas de la vida social, entonces sus conquistas serán sin duda mayores y llevarán a los hombres un trecho más grande hacia adelante que cuando esos primeros ensayos son obstaculizados al principio, y con ello se impide la evolución ulterior de los instintos creadores del pueblo. Pero una revolución social, que significa algo más que un golpe de Estado ordinario con medios revolucionarios, y que no puede satisfacerse con un simple cambio del escudo político partidista, necesita posibilidades para un desenvolvimiento de sus fuerzas creadoras, pues sus ejecutores tienen ante los ojos como finalidad, desde el comienzo, una transformación fundamental de todas las instituciones sociales, una renovación de todas las formas de la vida social.

Es, por tanto, profundamente falso y un error funesto ver en la revolución simplemente el derrumbamiento violento de las viejas formas de sociedad y tomar en consideración exclusivamente la parte destructiva de su acción. El carácter destructivo de una revolución no es

más que uno de sus fenómenos inevitables; pero no agota de ninguna manera su más íntima naturaleza. Pues la significación verdadera de la revolución no está sólo en lo que destruye, sino mucho más en lo que construye y desarrolla. En última instancia se juzgará después el valor social e histórico de una revolución por sus tendencias creadoras y por sus conquistas.

Una revolución es, por consiguiente, mucho más, y algo totalmente diverso de una revuelta ordinaria, aunque también ésta puede ser inspirada por ideas revolucionarias. Una revolución es el desencadenamiento de todos los elementos y de las fuerzas activas, hasta entonces en el seno de la vieja sociedad, que aspiran a un nuevo orden de la vida social, y que luego, llegado el momento de la madurez, hacen saltar las viejas formas para crear una nueva vida de acuerdo a sus necesidades, lo mismo que el niño que en el último mes de la preñez rompe la envoltura para comenzar una existencia independiente. Y otra de las características de la revolución consiste en que esa renovación de las condiciones de la vida social no es dictada desde arriba, sino que surge de la acción directa e inmediata de las grandes masas populares.

Pero ese rejuvenecimiento de la vida social por la revolución no es posible más que por la actividad ininterrumpida de las fuerzas revolucionarias en el seno de la vieja sociedad, por su agrupación interna y la naturaleza más o menos sistemática de su manera de obrar. Gracias a la propaganda incansable dentro de la vieja sociedad, gracias a la crítica disolvente de las viejas formas de la vida y al desenvolvimiento de nuevas apreciaciones morales, el revolucionario consigue poco a poco crear una nueva atmósfera espiritual, cuya constante difusión debilita sin cesar el prestigio de las viejas instituciones y de sus defensores, hasta que finalmente caen en ruinas. Vastas capas de las masas oprimidas comprenden gradualmente la necesidad de una modificación profunda de las condiciones de la vida social, y conciben instintivamente la posibilidad de nuevas formas sociales en correspondencia con los intereses de la comunidad. Y esa concepción, primeramente instintiva, de nuevas posibilidades de vida, se desarrollarán en muchos más y más hasta el grado de una perfecta conciencia.

Sin esa educación revolucionaria de las masas, no sería posible, en general, una verdadera revolución; constituye la condición previa, sin duda, de la posibilidad de una revolución. Pero la propaganda revolucionaria recibe su significación propia y decisiva tan sólo cuando encuentra su expresión en las luchas cotidianas por la existencia y se transforma, por decirlo así, en acción práctica. En las luchas ininterrumpidas por las necesidades cotidianas de la vida material se fortifican las energías de las masas, se desarrolla su conciencia, su iniciativa, su sentimiento de la solidaridad social. Las luchas por mejoramientos económicos y sociales o por mayores derechos políticos y más amplias libertades son, por decirlo así, las avanzadas de la revolución. Despiertan en las almas los instintos de la resistencia y hacen nacer el sentimiento

fué conservada después), 1'20 marcos. Pero después se rebajó el precio a un marco y por último a 90 peniques. No contentos con eso, los fabricantes emplearon directamente medios dolorosos para extraer a sus obreros una parte del salario tan costosamente ganado. Se prolongaron poco a poco los «paños» de seis a siete codos, de manera que el tejedor tenía que tejer por cada pieza siete y ocho metros gratis.

En vano firmaron casi todos los obreros de Crimmitschau la petición socialdemócrata en pro del proyecto de protección obrera; en vano se hizo ver que la jornada excesiva, especialmente en las mujeres, ocasionaba graves daños orgánicos y que la mortalidad infantil en Crimmitschau era extraordinariamente elevada. Toda apelación a las corporaciones legislativas fracasó, y como los trabajadores no estaban en situación de presionar a favor de sus demandas mediante una organización sindical correspondiente, todo se redujo, durante largos años, casi exclusivamente a peticionar. Los trabajadores quedaron entregados a la gracia y a la desgracia de un capitalismo archireaccionario, que hacía literalmente lo que quería de los proletarios.

Cuando, por fin, veinte años más tarde, se resolvió aventurar el ensayo de introducir las diez horas, el capitalismo no tuvo para esa justificada demanda más que no un ¡no! categórico. Y cuando después unos 600 obreros abandonaron el trabajo, los fabricantes respondieron con un lock-out general. Sucedió que de una población de 23.000 almas 9.000 tuvieron que cruzarse de brazos. Pero mientras el capitalismo no retrocedía ante ningún medio, provocando la indignación de todo el proletariado de Alemania y del extranjero por su terrorismo brutal, los obreros en lucha no se atrevieron a poner en acción sus recursos y a responder a los capitalistas en la misma moneda. Los Sindicatos se contentaron con el financiamiento de los lock-outeados. No se comprendió, o no se quiso comprender, que justamente porque se habían complacido en presentar la huelga general como un general absurdo, el capitalismo pudo echar mano tan inescrupulosamente al lock-out contra los trabajadores, sabiendo que por parte de éstos no había que temer nada serio.

Sucedió así que la lucha de 1904, a causa de la insuficiencia de los medios sindicales empleados, quedó perdida para los trabajadores, aunque en la caja de huelga quedaban todavía sumas considerables. La huelga fué liquidada simplemente por los jefes sindicales, con el pretexto pueril que para los trabajadores no podía ser indiferente el que la testarudez del capitalismo arruinase la ciudad natal. Pero el capitalismo no se atuvo a tales escrúpulos, no se preocupó en lo más mínimo del bien y del dolor que la ciudad natal, sino que tuvo siempre un objetivo: domeñar a los trabajadores y vencer sin compasión toda resistencia.

Los fabricantes no se hubieran atrevido nunca a tal procedimiento si no hubiesen estado convencidos que la oligarquía sindical dominante no se levantaría nunca en lucha enérgica y probablemente emplearía todos los recursos para impedir una extensión del conflicto a

Repitámoslo nuevamente. No nos distinguimos de los partidarios de los métodos parlamentarios porque éstos reconocen la necesidad de los mejoramientos políticos, económicos y sociales, y nosotros los rechazamos y sólo queremos obrar cuando se trate de la abolición de la esclavitud del salario en general. No; también nosotros reconocemos la necesidad de los mejoramientos constantes dentro de la sociedad actual, y nuestro objetivo socialista no sería más que un bono contra la luna si nos quisiéramos sustraer a las continuadas luchas por esos mejoramientos. Pero nos distinguimos de los demás por la elección de los medios y por el contenido revolucionario de nuestros métodos. Somos de opinión que todo mejoramiento de la situación de los trabajadores dentro de la sociedad capitalista, lo mismo que la emancipación definitiva del proletariado, no pueden ser realizados en las corporaciones legislativas del moderno Estado de clases, sino sólo por la acción revolucionaria y directa del proletariado fuera de los Parlamentos, y en particular por la lucha activa de sus organizaciones económicas revolucionarias. La fuerza del moderno asalariado no está en el dominio de la política parlamentaria, sino en el dominio de la producción, en su calidad de productor y creador de los valores sociales.

Todas las conquistas y todos los mejoramientos económicos que han conseguido los trabajadores en el curso de las décadas de lucha, tienen que agradecerlos a sus organizaciones económicas y a las luchas cotidianas entre el capital y el trabajo, no a los Parlamentos. La acción parlamentaria sólo contribuyó a postergar esas conquistas y a debilitar su éxito. Pues el que espera la ayuda de arriba, tiene poca prisa en comprometer su propia persona por nuevos derechos.

Tenemos en Alemania, donde la clase obrera acató desde el principio la acción parlamentaria, algunos ejemplos clásicos de la exactitud de ese punto de vista. Recuerdo sólo la gran lucha en la industria textil de Crimmitschau en 1904. Crimmitschau pasaba por uno de los más viejos baluartes del partido socialdemócrata, pero la situación económica de la población textil era siempre la peor imaginable. En 1882 una parte de los trabajadores había conseguido obtener la jornada de once horas, mientras la gran mayoría trabajaba doce y trece, hasta que hacia 1885 se pudo, por fin, extender a las otras partes de la industria textil la jornada de once horas. Pero desde entonces hasta 1904 los obreros no volvieron a ser capaces de disminuir un minuto la jornada de trabajo. No sólo eso; su situación material se volvió de año en año más miserable, y tuvieron que soportar sin poder defenderse la desvergonzada explotación de un capitalismo altivo. Pues aunque en todas las elecciones votaban como un solo hombre por la socialdemocracia y, si no me equivoco, hasta habían enviado representantes socialdemócratas al Consejo eclesiástico, la organización sindical era casi nula.

Se pagaba, por ejemplo, a los tejedores al introducirse el telar mecánico, por un «pañó» de seis codos de Leipzig (la vieja medida

de la dignidad humana. Cuanto más fuertes son esos sentimientos en las masas, cuanto más llenos estén sus cerebros de las ideas de una nueva vida social, tanto más rápidamente nos acercaremos a la próxima revolución, tantas más posibilidades nos quedan para la liberación definitiva de las masas. Por esta razón no debemos menospreciar la gran importancia de la educación revolucionaria de las luchas cotidianas en la vida económica y política de la sociedad, si queremos preparar el camino a la revolución y a un futuro mejor.

Cuando interpretamos en ese sentido la revolución y aplicamos esa medida a los acontecimientos de noviembre de 1918 en Alemania, no podemos menos de llegar a la convicción de que aquellos sucesos han tenido muy poco que ver con una verdadera revolución. La revolución alemana de noviembre no fué la explosión elemental de un pueblo indignado que se aproxima con firme decisión a un cambio básico de sus condiciones de vida; fué más bien el derrumbamiento insalvable de un sistema que se había descompuesto completamente en la guerra, y luego, bajo las armas victoriosas de sus adversarios militares, fué forzado a capitular. No fué la voluntad de un pueblo despierto, sino la imposición de los gobiernos aliados lo que produjo la ruina del régimen imperial. En ese hecho está propiamente toda la tragedia de la revolución alemana.

En realidad, ¿qué se podía esperar de una revolución cuando el órgano central de la socialdemocracia, que hasta entonces tuvo el mayor influjo en las masas laboriosas de Alemania, creyó de su deber decir a los lectores la víspera de los acontecimientos revolucionarios de noviembre que el pueblo alemán no estaba maduro para una República? Ciertamente, hubo un número de revolucionarios decididos entre el proletariado alemán; pero su número fué tan insignificante que no pudo cambiar nada la situación de las cosas.

La revolución alemana no fué un resultado de un impulso interno que germinó e hirvió largos años en el pueblo, hasta que por fin quebrantó las viejas formas y se abrió camino a una vida independiente. Fué sólo el resultado final de una guerra perdida, la última tabla de salvación que podía llevar desde la vieja magnificencia derruida a la paz. Le faltó el impulso interno, la iniciativa viviente, el ímpetu creador que hacen de un movimiento una revolución. Apenas hubo una revolución que fuese tan espantosamente pobre en pensamientos creadores y que se contentase casi exclusivamente con malas copias de viejos modelos, como la revolución alemana de noviembre de 1918.

Ciertamente, antes de la guerra no hubo un movimiento obrero socialista que fuese tan desesperadamente dogmático en todas sus bases teóricas y que apelara tan poco a la iniciativa creadora de las masas en su actividad práctica como el alemán. Toda la socialdemocracia alemana no fué otra cosa apenas que una gigantesca máquina electoral, cuya actividad se agotaba casi por completo en la preparación y realización de las diversas campañas electorales. Por tanto, no pudo menos de suceder que las grandes masas del proletariado alemán que seguían

a la socialdemocracia, no se preocuparon nunca del cómo de una transformación social, esperándolo todo de arriba. En ningún otro país se desarrolló tan fuertemente como en Alemania la creencia de las masas en los jefes. Los Sindicatos, influenciados completamente en su desenvolvimiento por la ideología socialdemócrata, se empantanaron en el más superficial reformismo, y formaron además simples órganos intermediarios entre el capital y el trabajo, adversarios de toda iniciativa revolucionaria.

Nadie se ocupó en los Sindicatos ni en las organizaciones socialistas del partido del problema de la toma de la producción por las asociaciones económicas de los trabajadores. Nadie hizo comprender a los trabajadores que la misión principal de la educación socialista debe tender al desarrollo de las capacidades administrativas de la clase obrera, pues esas capacidades administrativas tienen que ponerla en situación de preparar y realizar la reorganización de la producción y del consumo sobre una base socialista. En toda la literatura sindical y socialdemócrata de Alemania de antes de la guerra no existe un solo folleto en que se haya tratado de algún modo esos importantes problemas que permiten trazar las líneas generales constructivas para la realización práctica del socialismo. Al contrario, se denunció a todos los que reconocían la absoluta necesidad de tal labor como utopistas que no tenían noción alguna del «socialismo científico».

¿Fue, por tanto, un milagro que la llamada revolución alemana no pasara de huecas palabras de orden y que fracasara completamente, en especial en el dominio económico? Toda la educación espiritual que el proletariado alemán había recibido de la socialdemocracia, implicaba el que quedase enteramente sin saber qué hacer frente a los problemas económicos y sociales cuando la revolución puso el Poder en sus manos.

Cuando terminó militarmente la guerra y el viejo sistema se descompuso, no podía menos de esperarse que las grandes masas de los obreros alemanes se apartaran de la socialdemocracia, que había marchado codo con codo al lado de los defensores del viejo sistema durante toda la guerra, y que en todo momento crítico puso su influencia en la balanza para conservar el viejo régimen. Cuando hoy se reprocha al señor Ebert y a toda su cohorte que durante la guerra fueron traidores a la patria, se les inflige una gran injusticia, y los acusadores, que se dejan llevar simplemente por consideraciones políticas oportunistas, saben la verdad perfectamente. Pero en otro tiempo no se pensó en promover tales acusaciones; se sabía bien que la burguesía amenazada no podría reponerse más que con las muletas de la socialdemocracia. En las masas muchos perdieron la fe en la socialdemocracia, cuyos defensores fracasaron también después de la guerra, cuando se trató de abrir el camino a un nuevo porvenir. Y como es fácil lanzar al mundo un *J'accuse!* para señalar cosas acaecidas y sacar utilidad del conocimiento adquirido para el futuro, las masas aplastadas por el hambre y las privaciones de toda especie, acusaron a los jefes socialdemócratas

Pero la misma confirmación legal de una cierta reforma está lejos de ser una garantía de su persistencia, mientras sus conquistas no hayan sido incorporadas profundamente por las masas, y todo intento del capitalismo para suprimirlas de nuevo o para eludirlas de alguna manera habilidosa, no tenga por consecuencia una abierta rebelión de los trabajadores. Así hemos visto que los capitalistas ingleses, a pesar de la ley de las diez horas realizada en 1848, aprovecharon poco después una crisis industrial para forzar a los trabajadores a trabajar de nuevo once y hasta doce horas. Cuando los inspectores de fábrica se dispusieron a proceder judicialmente contra algunos capitalistas, no sólo fueron absueltos los acusados, sino que el Gobierno advirtió a los inspectores que no se atuvieran a la letra de la ley, y los trabajadores, cuando mejoró la coyuntura económica, se vieron forzados a reconquistar las diez horas por su propia fuerza.

Pero nosotros hemos hecho en Alemania durante los últimos años la misma experiencia. Las pocas conquistas económicas que nos deparó la revolución de noviembre, entre las cuales la jornada de ocho horas era la más significativa, fueron arrancadas de nuevo, casi en absoluto, al proletariado por los capitalistas, no obstante haber «anclado» las ocho horas en cierto modo en la legislación o en la Constitución de la República.

Los mejoramientos, pues, fueron impuestos a los Gobiernos por la presión de las masas fuera de los parlamentos, y cuanto más fuerte se evidenció esa presión, más vigorosamente afectó a los gobernantes, tanto más decisivas fueron las reformas. Pero el observador superficial, cuya mirada no se dirige más que a la exterioridad de las cosas, por lo general sólo puede ver las reformas puestas en acción parlamentariamente con gran aparato público, y se le escapa del todo las conexiones internas y los hondos motivos de las mismas; no es extraño que confunda así el efecto con la causa de los fenómenos y que, por esa razón, se convierta en un celoso defensor de la actividad parlamentaria. Ese observador no ve más que la ley, y olvida por completo las causas externas que han contribuido de un modo determinante al nacimiento de la misma. Por eso comprende dificultosamente la verdadera significación de las grandes acciones colectivas, sobre todo en países como Alemania, donde la fe en la gran eficacia de la actividad parlamentaria es fomentada de todas las maneras por un partido obrero fuertemente desarrollado.

Pero en la misma posición se encuentra también algún obrero de tendencias supuestamente radicales y revolucionarias, inclinado a rechazar como inútil y peligroso todo mejoramiento político o económico dentro de la sociedad actual, porque se ha imaginado que la lucha por tales cosas es simplemente un monopolio de los partidos políticos obreros. También él confunde cosas de naturaleza diversa y se pierde, a causa de sus falsas suposiciones, en una fraseología sin sentido que suple en él la falta de ideas y de pensamientos claros.

abarca vastas masas populares y se manifiestan por medio de acciones directas y revolucionarias hasta que el descontento general llega finalmente a tal grado que los gobernantes tienen que decidirse entonces a responder a las exigencias del pueblo y a acallar el descontento con ciertas reformas. Todas las reformas en los dominios más diversos de la vida económica, política y social, han tenido ese origen. O bien el Gobierno se vió forzado a satisfacer en cierto modo las necesidades más urgentes del proletariado, o bien las masas se conquistaron fuera del Parlamento, por sí mismas, ciertos mejoramientos que no pudieron ser suprimidos, de manera que al fin no quedó otro remedio a las corporaciones legislativas que sancionarlos, que imprimirles el sello legal.

Por ejemplo, la famosa ley de las diez horas en Inglaterra, de la que Marx dijo que significaba el renacimiento del proletariado, no se habría tenido sin las innumerables luchas ligadas a enormes sacrificios del proletariado inglés, que se había creado en su Sindicato un instrumento para hacer valer sus demandas. Tan sólo cuando industrias y numerosos oficios habían conquistado las diez horas, se apresuró el Parlamento inglés a imprimir a esa reforma social el sello de la ley. Lo mismo sucede con todas las demás reformas parlamentarias que tuvieron realmente para las grandes masas una significación efectiva.

Por propia iniciativa se resuelven en casos muy raros los Gobiernos y Parlamentos a otorgar ciertas reformas, y donde ocurrió eso, los supuestos mejoramientos no hallaron eco ni comprensión en el pueblo, de manera que permanecieron letra muerta en el gran desierto de las leyes. Así, por ejemplo, los ensayos insulsos del Parlamento inglés en el período inicial del capitalismo y de la gran industria, cuando los legisladores, asustados por los terribles resultados de la explotación fabril, que se manifestaban en la degeneración creciente de la clase obrera, se dispusieron a amenguar, mediante algunas leyes, la monstruosa explotación de los niños proletarios, no tuvieron ningún efecto. Las leyes quedaron en el papel porque, por una parte, no pudieron ser comprendidas por el egoísmo craso de los obreros, que estaban entonces en un grado muy bajo de evolución, y por otra fueron saboteadas directamente por los capitalistas.

Lo mismo pasó con la conocida ley dictada por el Parlamento italiano hacia 1895 para prohibir a las mujeres que trabajaban en los yacimientos sulfúricos de Sicilia, llevar sus hijos consigo al lugar del trabajo. Esa ley permaneció letra muerta, porque las desgraciadas mujeres eran tan miserablemente pagadas en su trabajo que se veían simplemente forzadas ellas mismas a contravenir la ley. Tan sólo más tarde, cuando se consiguió organizar esas obreras y en consecuencia elevar esencialmente su situación material, comenzó a desaparecer el mal. Tales ejemplos se podrían mencionar en gran cantidad. La historia moderna de cada país está llena de ellos.

de traición al movimiento obrero, sin comprender que toda la actitud del partido con respecto a la guerra estaba condicionada por su conformación espiritual y dada de antemano.

Los mismos portavoces espirituales de la oposición que se desarrolló durante la guerra en el viejo partido, y que después se escindió de éste, no dieron muestras de haber comprendido que se trataba menos de una traición de un determinado grupo de jefes que del terrible efecto de un método que cultivó el socialismo de Estado en las masas durante décadas enteras, y que en último fin no podía llevar más que a hacer poco a poco del movimiento obrero un órgano y un utensilio necesario del Estado nacional.

Comenzó luego la era de las escisiones en el movimiento obrero alemán, las cuales con el tiempo adquirieron un carácter ni más ni menos que morboso. Si antes se había elevado la unidad del partido a la categoría de dogma intangible, aunque esa unidad ficticia y penosamente podía disimular las disidencias internas y sólo perseguía el objetivo de hacer creer al mundo exterior en la apariencia de su solidez, se cayó luego — como es corriente en tales casos — en el otro extremo y por cada nimiedad se produjeron nuevas escisiones. No pudo evitarse que la atmósfera se envenenase más y más y que todo el movimiento obrero fuera desmenuzado y quebrantado hasta que sus enemigos, que supieron aprovechar hábilmente las luchas internas del proletariado alemán y pudieron reorganizar sus fuerzas, disminadas por la revolución de una manera asombrosamente rápida, lo domearon fácilmente.

La más misera palabra de orden tras la cual se ocultase una chispa de espíritu dió motivo a nuevas escisiones y a discusiones violentas. Todo día de lluvia traía nuevas consignas, a cual más absurda. Especialmente el partido comunista, cuyos representantes no supieron nunca desarrollar un pensamiento independiente, y no fueron más que fonógrafos del ejecutivo de Moscú, se reveló bajo este aspecto de manera insuperable. Si se ordenaran cronológicamente y se colocasen una tras otra todas las consignas de esa tendencia ajena a todo sentimiento libertario, se tendría una ensalada política que podría hacernos perder fundamentalmente la fe en el sentido común.

Lo peor fué que por esas infinitas escisiones se manifestó un «radicalismo» superexaltado que se vertió formalmente en palabras de orden absurdas y transformó las ideas más razonables en horribles caricaturas, donde no podría hallarse un germen sano. Se hizo habitual el no examinar el valor intrínseco de las ideas, juzgando de ellas según la etiqueta partidista de origen y condenándolas de antemano cuando procedían de un campo a quien se había jurado la guerra. Pero las cosas se presentaban de tal modo, que se tuvo que obrar forzosamente de acuerdo a una determinada máxima, y se trató y se trata aún de sobrepasarse recíprocamente, de una manera tumultuosa, por la apariencia externa de las palabras de orden, cada cual según el grado de «radicalismo» que supuestamente defiende. Se propusieron los des-

atinos más grandes y hubo quienes se complacieron en el griterío histérico de los energúmenos para no caer en la sospecha de ser «moderados», y a ese juego de apariencias, que en realidad no es más que una perogrullada, se le llamó después propaganda «revolucionaria». Por consiguiente no es de extrañar que en los círculos de los llamados «radicales» se llegase a concepciones que se burlan de toda sana interpretación de las cosas, y que en última instancia, aunque sin quererlo, debían favorecer la reacción social.

* * *

Uno de los peores y más funestos fenómenos dentro del movimiento obrero radicalmente orientado consiste en que en algunos círculos se hizo habitual el rechazo rotundo de toda lucha por una condición de vida más elevada o por mejoramiento de naturaleza económica y política a causa de supuestas razones de principios, fundándose en que tales intentos, dentro de la sociedad capitalista, están totalmente desprovistos de perspectivas y que sólo podrían desviar a los trabajadores de su vía directa. Se habla en esos círculos siempre de una lucha «por el todo», y se ve en toda intervención tendiente a objetivos prácticos y momentáneos una conducta dictada por consideraciones socialreformistas que no puede menos que despertar en la clase obrera falsas esperanzas y alejarla de su objetivo revolucionario.

Esa funesta concepción se basa en dos errores fundamentales que fueron reconocidos como tales ya hace mucho tiempo, pero que reaparecen de tanto en tanto y desvían corrientemente hacia conclusiones por completo falsas a los elementos aún poco esclarecidos del movimiento obrero.

La primera de esas concepciones parte del punto de vista de que hay que rechazar profundamente como contrarrevolucionarias las supuestas mejoras dentro de la sociedad capitalista, porque los llamados partidos obreros aspiran a tales mejoras por la vía de la legislación y de las reformas parlamentarias a favor de los trabajadores.

A esa concepción se asocia corrientemente otra, no menos impugnable: la creencia en la suposición que la supremacía de la miseria social fortalecerá el espíritu revolucionario de los trabajadores y hará manifestarse en hechos la indignación contra el sistema imperante. Esa ingenua concepción apenas merece ser discutida detenidamente. La historia y las experiencias prácticas de los últimos diez años nos han enseñado suficientemente que una miseria demasiado grande no ha sido nunca un factor de revolución en nuestro sentido. Al contrario, amilana a los hombres y los tritura física y moralmente. Hombres expuestos a la larga a una gran miseria y al hombre, directa, no se vuelven por eso revolucionarios; más bien degeneran y desarrollan los instintos más serviles. El hambre obra de ordinario revolucionariamente cuando se presenta de improviso, por ejemplo, a consecuencia de grandes crisis económicas, es decir, cuando vive aún en el hombre

el recuerdo de mejores condiciones de vida y se produce así la comparación con la situación inmediata. El hambre física empuja al hombre en el mejor de los casos a la desesperación; pero no es capaz de despertar en el pueblo los instintos creadores indispensables a una revolución. Esa es también la causa por la cual todas las revoluciones de que nos informa el pasado no estallaron jamás cuando la miseria gravitó más terriblemente sobre los hombres, sino siempre en periodos en que las condiciones generales de la vida se habían mejorado ya algo y despertaron en las masas nuevas esperanzas. Lo poco que inspira la miseria a las masas un espíritu revolucionario y lo poco que espolea su iniciativa a la acción, lo hemos podido observar perfectamente durante el periodo de la inflación monetaria en Alemania. Los trabajadores se dejaron arrancar por el capitalismo en aquella época terrible las ocho horas y casi todas las demás conquistas económicas de la revolución, sin resistencia, por miedo a tener que sufrir más aún.

Por lo que concierne a la primera afirmación, que como revolucionarios deberíamos rechazar, por razones de principio, todos los ensayos para conquistar en la sociedad capitalista mejoramientos políticos y económicos, porque justamente esa táctica habría sido la que aprovecharon los partidos obreros parlamentarios y los Sindicatos reformistas para desviar a los trabajadores y privarles de la comprensión de su emancipación definitiva; respecto a esa afirmación sólo se puede decir que una concepción semejante parte de suposiciones completamente falsas y confunde fenómenos que no hay derecho a confundir bajo ninguna circunstancia si no se quiere transformar en un verdadero absurdo el sentido del movimiento obrero.

Nosotros no nos distinguimos tácticamente de los partidos políticos obreros y de los Sindicatos que están bajo su influencia porque éstos aspiran ya hoy a mejoramientos para los trabajadores y nosotros los rechazamos, sino simplemente porque somos de distinta opinión con respecto a los medios por los cuales pueden conquistarse tales mejoramientos. Ningún hombre con cinco sentidos normales, aunque fuese el mayor revolucionario, querrá sostener que le es por completo indiferente la situación de los trabajadores, y especialmente cuando él mismo trabaja en la fábrica. Ningún hombre de cerebro normal se atreverá a sostener que no le importa que él y sus compañeros tengan que trabajar diez o doce horas en lugar de ocho, y que el salario que reciben alcance justamente para poderse mantener con pan seco y patatas, en lugar de sobrarles algo para satisfacer otras necesidades. Lo que nos distingue en este concepto de los partidarios de los modernos partidos obreros, no es el fin, sino los métodos.

La experiencia nos ha evidenciado que los mejoramientos, de cualquier naturaleza que sean, no se pueden conseguir por la vía de la legislación parlamentaria; que los gobiernos y los Parlamentos no se deciden nunca por motivos puramente platónicos a hacer alguna concesión a las masas. Las reformas parlamentarias no se producen más que cuando la necesidad apremiante de ciertos mejoramientos

do esta situación se presenta es cuando la Autoridad se quita su máscara «paternal» y deja al descubierto su verdadera psiquis. No exageramos. Atengámonos a los resultados de la enseñanza inspirada en el principio de autoridad. Un cuadro vivo, real, terrible; un ejemplo —miles de ejemplos diferentes podrían darse— a la vista, sublevante, que confirma cuanto decimos: cuando los Estados compiten por extender la hegemonía económica y autoritaria, sus respectivas áreas de dominación y de rapiña, de bandillaje internacional. El hombre, que desde la más tierna infancia fué «enseñado»—domesticado estaría mejor dicho—a obedecer a la Autoridad, repentina e «inesperadamente», se encuentra en medio de un conflicto bélico organizado y desencadenado por aquella que ambiciona más poder y dinero. Si desobedece, si niegase a guerrear, si desierta del frente por miedo o por ser objeto de conciencia, la Autoridad inflexible, cruel lo hace encarcelar o fusilar en el acto por otros que han sido «educados» en la obediencia a sus gobernantes. Por falta de voluntad para negarse a obedecer cometen el más horripilante de los crímenes: matar por orden de la Autoridad a valerosos idealistas de su propia nacionalidad que se declaran enemigos de la guerra, defensores decididos de la dignidad humana, del derecho a la libertad y del deber de respetar la vida de sus semejantes. Y al ejecutar las órdenes de la Autoridad proclaman, automáticamente, ser merecedores de la misma condena si desobedecen. No puede llegar a más la cobardía y la indignidad de los hombres por imposición de la Autoridad.

Queda probado, hasta la saciedad, que la Autoridad es inhumana y deshumanizadora por naturaleza. Lo es en todas las manifestaciones de la vida de los seres humanos. Y su «soldado pedagógico», llamado educador (?), ha de servirla dañando siempre al niño, prefiriendo acortar su existencia orgánica a que goce de vida psíquica integral. La ética pedagógica, inspirada y basada en las leyes biológicas y de sociabilidad, condena la acción represiva y compresiva de los maestros contra el niño. Y señala a la Autoridad como el enemigo número uno de la Humanidad.

Frente a los métodos de conquista del educando, que practican los maestros autoritarios, oponemos, la pedagogía libre racionalista-humanitaria que rechaza la Fuerza, la sumisión a la Autoridad: la superación moral e intelectual del niño por el propio esfuerzo practicando la cooperación cultural y la ayuda mutua siempre por caminos de libertad. Estos son los únicos medios pedagógicos que hemos de utilizar para estimular al educando a poner en juego sus mejores potencias innatas, cultivadas de acuerdo con sus peculiares características, y satisfacer la ingente necesidad de actividad y libertad que experimenta procurando que no se dañe, aprenda a hacer buen uso de

ella y contribuya, más tarde, al bienestar general de la sociedad.

La Autoridad no quiere iniciar la formación idónea y eficaz de maestros con ideología pedagógica libre y tampoco, por consiguiente, impulsar la superación de nuevas promociones juveniles con carácter libertario. Cavaría su propia fosa a la que iría pronto a parar empujada por las voluntades de los humanos evolucionados que vivirían felices al librarse, para siempre, de la Autoridad. Por ley de biología política la Autoridad no puede atentar contra su propia vida permitiendo el desarrollo y crecimiento de la nueva pedagogía, científica y humana que alienta la superación y perfección constante del individuo y la colectividad. Inútil, pues, que los profesores que tienen un claro concepto de su alta misión educativa pidan a la Autoridad que les conceda autonomía en la enseñanza para ayudar al niño en la búsqueda de su individualidad educándolo e instruyéndolo partiendo de sus necesidades e intereses propios. Les niegan esta libertad pedagógica que es tanto como negarle al niño que viva su propia vida. Para la Autoridad sobran las razones y argumentos pedagógicos y humanos en defensa de la personalidad infantil. Pero todos los educadores pueden salvar su responsabilidad ayudando a combatir, en la medida de sus posibilidades, al espíritu de rebaño, al gregarismo que impone la disciplina dirigida e impuesta por la Autoridad.

Expongamos la verdad cruda y descarnadamente, sin ambages: los profesores que continúen nutriendo las diversas corrientes pedagógicas, de carácter político y religioso, democráticas o dictatoriales, de todas las clases y colores, contribuyen a formar la savia que robustece al autoritarismo, a la guerra. Incapacitados para realizar efectiva obra de higiene social continuarán siendo los frutos de la pedagogía autoritaria, **conquistadores** de niños, sus victimarios y, al mismo tiempo, las víctimas de la Autoridad que los sacrifica, también, en su provecho, desconsideradamente.

Vivimos en la «Era Atómica», en la que la Autoridad se aprovecha de la Ciencia y de los científicos para amenazarnos con la desaparición de todas las especies biológicas. Dejando en sus manos el saber todos corremos peligro de muerte. Es hora que los educadores de todos los países despierten y alerten al mundo con su grito humano de rebelión: «¡Abajo la Autoridad!» Es preciso, urgente, echar abajo el podrido tablado de la antigua pedagogía sobre el que continúa representándose la gran comedia trágica de la educación (?) para la guerra de todos los pueblos hablándoles de libertad que jamás podrán gozar bajo el imperio de la Autoridad.

Floreál OCAÑA

México, D.F., agosto de 1958.



MIGUEL BAKUNIN



CADA día se ve más grande este gigante de la revolución. Decenas de otros revolucionarios se han sucedido en el tiempo; pero como Bakunin, no hay muestra comparable. Su figura se levanta más y más con los años que pasan. Y hoy podemos afirmar sin temor a equivocarnos que todo lo humanamente progresista y rejuvenecedor, descansa sobre las espaldas fornidas de ese maestro imperecedero que nos asombra con su integridad y consistencia en pro de renovados acontecimientos que deberán elevar al género humano a no ser que nos hundamos de una vez por todas —, por sobre el nivel más alto que aspiración rebelde pueda imaginar.

Su gesto visionario al enfrentarse decididamente con aquella pantomina propulsora del actual bolcheviquismo — asesino y traidor —, hace más por el afianzamiento de la dignidad del hombre que todos los textos destinados a tal fin. Nada existe comparable a la visión de este gran mágico de la palabra y de la idea. Cuando nadie era capaz de adelantarse y leer en las páginas de nuestra historia contemporánea, en su cerebro germinaban las matemáticas de la realidad — como si se tratase de un acabado libro de técnica y filosofía amalgamada —, con sus problemas, sus tantos por ciento y los cocientes de una prueba de fuego jamás vista en el desenvolvimiento de los pueblos.

Bakunin sabía que al enfrentarse a los sofistas de su tiempo, estaba dando la medida exacta del momento revolucionario que el mundo podía desarrollar. Sabía perfectamente que ningún obstáculo mayor para el avance del hombre sobre sus detractores que aquella mixtificación operada por unos cuantos camaleones de talento en el seno de la Internacional. El supo sintetizar como nadie y entrever los nefastos resultados de la turbia corriente seudorevolucionaria. Y sintiéndose capaz de quemar el papel celofán en que venían envueltas las elucubraciones de Marx y los suyos, lo hizo sin miramiento alguno para los traidores. Acto seguido, se separó y descaretó a cuantos pretendían usar como trampolín dominista, la organización internacional de los trabajadores en pie de lucha. Es verdad que actualmente los herederos de aquellos trabajadores rebeldes, se dejan dominar en forma absurda por los continuadores de la incalificable gestión desviacionista de la Primera Internacional pero esta situación no puede ser duradera, salvo que el proletariado mundial haya perdido del todo sus agallas, cosa ésta que no está debidamente demostrada, ya que todavía es tiempo para preguntar: ¿Qué sucedería si los 150 millones de trabajadores organizados que hay actualmente en el mundo, volciendo los ojos a las enseñanzas de

la Primera Internacional, adquiriesen de pronto conciencia de su capacidad realizadora? Nadie mejor que Bakunin nos daría una respuesta adecuada.

Una sola mirada le bastaba a Bakunin para analizar las más oscuras intenciones o la torcida meta perseguida por los ambiciosos que pululan — entonces como ahora — en los medios obreros. Así constató y gritó a los cuatro vientos que Marx era uno de los más infames tergiversadores de la verdadera reivindicación proletaria y que su pretendida acción revolucionaria marchaba directamente en pos de la esclavitud y el crimen de Estado y no hacia la libertad, la justicia y el bienestar social. Y sólo el cinismo de aquel alemán desnaturalizado — farsante y plagario empedernido —, pudo darse el lujo de atreverse a atacarle en un momento en que el proletariado se hallaba dispuesto a ejercer un completo control sobre su propia vida, en medio del caos capitalista que nadie podía detener, como no fuera asestando puñaladas traperas sobre el encendido cuerpo virgen de la Primera Internacional. Fué preciso que los arribistas malignos se dispusieran a retorcer absolutamente todos los caminos de reivindicación posible — abiertos por la decidida acción de todos los oprimidos —, para que el capitalismo respirase una vez más y el Estado opresor se sintiese debidamente apuntalado, en el preciso momento en que todo hacía prever que sus horas estaban contadas y el triunfo del hombre sobre la máquina coercitiva, era una grata posibilidad instantánea.

Y ese es precisamente el punto fuerte de este genio de la revolución. Esa visión única y clarividente que tanto había de proporcionar a la Humanidad, incitando sus luchas por la dignidad y contra los abusos de cuantos aspiraban — y aspiran — a no dejar piedra sobre piedra en el magnífico edificio que sostiene la bandera de la Revolución social. Entonces, como ahora, los mismos perros la emprenden a mordiscos contra el mismo hueso duro: la Internacional que sostuvo y que sostiene sin vacilaciones de ninguna especie que: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos»; «La destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado»; «Que para llegar al cumplimiento de la revolución social, los proletarios de todos los países deben establecer, fuera de toda política, la solidaridad de la acción revolucionaria».

Naturalmente que Bakunin — quien sufrió toda clase de zancadillas y ataques solapados por parte de quienes estaban empeñados en destruir su obra —, estuvo y estará siempre por encima de sus detractores y calumniadores. Es gracias a este gigante de la rebeldía y de la honradez revolucionaria que la Humanidad atesora una esperanza de resur-

HIGIENE INDIVIDUAL O PRIVADA

(Continuación)

OTROS CONSEJOS.—No debe respirarse por la boca más que cuando la nariz es insuficiente. La nariz, por su disposición anatómica filtra el aire, ya que en la humedad de la mucosa de la nariz queda el polvo y las partículas en suspensión. Además, el aire se caldea a su paso por la nariz, entrando menos directamente y menos frío en el pulmón. El hombre sano no debiera necesitar pañuelo. El uso de esta prenda indica ya un estado inflamatorio de la mucosa. La respiración de atmósferas pulverulentas propende a catarros nasales crónicos. Cuando se está acatarrado, es peligroso sonarse cerrando a la par ambas ventanas nasales. En esto eran más sabios los antiguos. Débese sonar a lo carretero: cerrando primero una nariz y soplando por la opuesta, y luego la del otro lado. El aumento de presión en la nariz puede hacer penetrar la infección en las zonas que comunican con la nariz (frontales, maxilares, esfenoidales), produciéndose enfermedades graves de difícil tratamiento. También se consigue propagar la infección al oído, que, como se sabe, comunica con la nariz por la llamada trompa de Eustaquio.

LA PIEL

La piel que recubre nuestro cuerpo es también un órgano importante al que no pueden faltar los cuidados higiénicos sin menoscabo para la salud.

COMO ORGANO RESPIRATORIO.—Como hemos di-

gimienta en el obscuro laberinto de putrefacta maldad con que los defensores del Estado pretenden ahogar las más bellas aspiraciones del hombre. Así como ningún crimen será suficiente para saciar los malos instintos de canibalismo en los enfermos de la locura de poder, se puede afirmar que ninguna tergiversación logrará borrar en la historia, el papel preponderante que le cupo representar a este revolucionario nato que se llamó: Miguel Bakunin.

Aborrecemos la idea de transformar en santos, ni en diábolos, ni a los vivos ni a los muertos; pero sin necesidad de llegar a esos extremos, bueno será recordar una vez más que figura tan grandiosa como la de Bakunin — en el firmamento de la revolución mundial —, no se conoce y por mucho tiempo aun habremos de acudir a las fuentes de su agitada existencia a fin de comprender hasta qué grado la lucha contra la opresión es necesaria, si no queremos sucumbir cobardemente bajo los hierros candentes de la acción devastadora y canibalesca que domina el mundo.

COSME PAULES

cho en el anterior capítulo, la piel es un órgano respiratorio capaz de compensar al pulmón y que absorbe oxígeno, eliminando anhídrido carbónico y otros gases tóxicos. Múltiples experiencias lo confirman; se puede hacer morir un animal haciéndole respirar a través de la piel un gas tóxico. Ello explica las molestias y trastornos que suelen producir los vestidos impermeables, sobre todo el calzado de goma. También lo demuestra la mayor resistencia a la fatiga del que hace un ejercicio a cuerpo desnudo.

De esto se deduce la necesidad higiénica de llevar vestidos permeables y ligeros, de exponer diariamente el cuerpo desnudo al contacto del aire (baño de aire) y de evitar permanecer en atmósferas impuras o cargadas de gases tóxicos (óxido de carbono de los braseros mal encendidos). El deporte, como el ejercicio al aire libre, conviene hacerlo a cuerpo desnudo.

COMO ORGANO DE PROTECCION Y DE DEFENSA.

—La integridad de la piel, como la de las mucosas, que nos revisten interiormente (cavidades y tubo digestivo), nos defienden de la penetración de los microbios. Pero, además, en la piel, existe una barrera linfática que es la que ofrece la primera batalla a los microbios que logran penetrar. Ambas barreras son destruidas por las heridas, y por ello la facilidad con que se infectan, y son punto de partida de infecciones graves.

La norma higiénica que se deduce es someter a mayores cuidados de limpieza las partes de piel lesionadas y, sobre todo, si se trata de las manos, tan expuestas como están a toda suerte de contaminaciones.

Además, es órgano el más eficaz de protección contra el frío: El mecanismo es la termorregulación: dilatación o contracción de los capilares (vasos sanguíneos finos) según sea, el calor o el frío, el agente exterior. La dilatación de los vasos aporta más cantidad de sangre a la piel, ésta se enciende, se calienta, pero, como consecuencia, el cuerpo pierde más calor y la sudación y evaporación de agua aumenta, con lo que la temperatura interior desciende. La vasoconstricción de los vasos cutáneos produce el efecto opuesto, y es la defensa contra el frío; mediante ella, la piel palidece, la sangre circula más deprisa y se enfria menos aportando más calor a la piel. Del buen juego de estos mecanismos depende que resistamos, sin perjuicio, los rigores del clima, de que padezcamos sofocaciones en verano, o catarros y enfriamientos en invierno.

Esta termorregulación se desarrolla por el entrenamiento, se pierde por la deshabitación. La higiene debe tender a cultivarla, y para ello, el medio mejor es el baño de aire, la ducha, o el baño frío. El desarrollo de la capacidad torácica y el de la termorregulación, son

los dos recursos más eficaces contra la predisposición a los catarros.

COMO ORGANO ELIMINADOR.—La piel está sembrada de glándulas sudoríparas, encargadas de la producción del sudor. El agua que se elimina por esta función, evaporada en la superficie del cuerpo, produce una eficaz refrigeración. Pero al mismo tiempo contiene, disueltas, substancias diversas (sales y toxinas). La sudación es una función compensadora de la del riñón y que contribuye en gran medida a la depuración del organismo. El que sea cuidadoso de su piel habrá notado el distinto olor del sudor, después de padecer cualquier afección febril, prueba de una eliminación anormal.

La condición indispensable a una eficaz sudación es la limpieza de la piel. El cuidado y aseo de la misma. Un baño semanal caliente o una jabonadura de todo el cuerpo, cuando menos una vez por semana, son cuidados obligados. Después de una sudación intensa es cuando se hace más indispensable el lavado o el baño, no teniendo razón de ser, en los habituados, el miedo a bañarse o a airearse, estando sudado. El enfriamiento del sudor acumulado en la ropa es mucho más perjudicial.

COMO ORGANO PIGMENTARIO.—La piel tiene aun una función bastante desconocida aun, pero sumamente apreciada por la terapéutica, y sobre todo, por quienes tienen el buen gusto de bañarse al sol. La acción de la luz solar sobre la piel se traduce por la formación de un pigmento moreno que desaparece paulatinamente cuando se suprime la influencia solar. La acción curativa que ejerce el sol sobre las lesiones tuberculosas, por ejemplo, suele ser tan activa cuando se suprime el sol y mientras se despigmenta la piel, que mientras se pigmenta. De todos los «heliófilos» es conocida la influencia beneficiosa del pigmento sobre la resistencia al frío. Al pigmento se le considera, por esto, como un reservorio de energía. El sol es un agente de vida del que no podemos prescindir; necesitamos de su estimulación química tanto como de su luz y de su calor. El baño de sol, hoy adoptado por la moda, debe entrar en el plan higiénico individual, con tanto o más derecho que los baños de mar, de balneario o de río (3).

PAPEL DE LA CIVILIZACION.—Este importante órgano de funciones tan múltiples y variadas, ha sido el que más ha sufrido los inconvenientes de la civilización. La piel del hombre moderno es una piel atrofiada, degenerada, y esta atrofia y degeneración no ha podido menos de traducirse en su salud. Además del entrenamiento al frío, de la limpieza, de la pigmentación solar y del contacto del aire, la piel necesita ser malaxada, activado su funcionalismo por la estimulación del frote y del masaje. Muchos lumbagos y dolores reumáticos diversos, se curan por el masaje, consiguiendo que la piel resbale y se desprenda de los planos profundos. Se ha descrito una proliferación celular como responsable de esos dolores, y que sería consecuencia de la inactividad. El masaje sería su mejor remedio.

EL DESNUDO.—Hay una corriente religiosa en favor del nudismo, que tiene por fines, no sólo este culto de la piel por la higiene integral de la misma—la de que no hay por qué privar a los órganos genitales—,

sino también una reeducación de nuestros prejuicios y de nuestra rijosidad libidinosa, habituándonos a la contemplación del desnudo. La moda y la convivencia en las playas nos van familiarizando, poco a poco, con nuestro traje natural. El incentivo y la provocación sexual está más en los tocados y adornos que en el desnudo limpio. El desnudo no tiene más inconveniente que la exposición de fealdades o deformidades. El lleva intrínseco el culto de la belleza, de la eutimia corporal. Quien se habitúa a mirarlo, asepsia sus deseos y se limpia de recelos y suspicacias. Lejos de incitar la lujuria, puede ser mirado como su mejor antídoto.

EL CABELLO.—Este anejo de la piel, adorno y abrigo natural de la cabeza, precisa también de cuidados higiénicos. La calvicie, cada vez más extendida, es resultado obligado del uso de gorras y sombreros. La cabeza no necesita de abrigo teniendo el pelo. En cambio, requiere ventilación. Todo lo que no se usa empieza por atrofiarse y termina por perderse. La higiene aconseja llevar la cabeza descubierta. El pelo necesita una limpieza diaria, como el habitual jabonado al levantarse de la cama. El cepillo de la cabeza y el peinado, activan la vitalidad del bulbo piloso. La loción de agua de colonia, necesaria para corregir la seborrea del cuero cabelludo (caspa, pelo graso, etc.), puede ser omitida en el tocado.

LAS MANOS.—Dada la facilidad de contaminarse con los variados objetos que tocan, la limpieza de ellas debe ser exagerada. Sobre todo antes de las comidas, para evitar el peligro de contaminar los alimentos. Esta recomendación debe hacerse, sobre todo, a los que tienen contacto con enfermos contagiosos, o con objetos que sirven de vehículo a infecciones.

ALIMENTACION

Es éste el capítulo más importante, y, por ello, al que consagramos mayor extensión.

APARATO DIGESTIVO.—Comienza en la boca, donde tienen lugar dos importantes funciones: la masticación y la insalivación. La primera depende de la buena dentadura, del hábito adquirido y del estímulo que a la masticación aporta el alimento.

La masticación precisa de buena dentadura, pero, a su vez, se convierte en estímulo de la vitalidad del diente. La compresión del diente sobre el alvéolo activa el riego sanguíneo y asegura su nutrición. La humanidad está eliminando la dentadura como órgano inútil. La alimentación ordinaria no aporta el debido estímulo, ni precisa siquiera de masticación. El estímulo masticatorio lo proporcionan, sobre todo, los alimentos crudos, las frutas oleaginosas y el pan integral. Es frecuente ver individuos que pierden sus dientes sin padecer caries. El diente va saliendo del alvéolo, hasta que termina por caer como una pieza inútil.

Las piezas careadas deben eliminarse. Los dientes sanos exigen cuidados, tales como el ser limpiados de los restos de comida. El simple enjuagatorio con agua puede bastar. Completa la limpieza el frote con la lengua de los dientes, ya que la saliva es su mejor protección. El cepillo acentúa el desgaste, por lo que no debe ser usado habitualmente, sino en limpiezas justificadas. Lo mejor es terminar las comidas con fruta

fresca semiácida (manzanas, naranjas), que por sí mismas tienen acción antiséptica. Esta costumbre es más de recomendar la noche, pues mediante ella se saca mejor paladar al despertar. La decalcificación, debida a faltas alimenticias, o a la acidificación humoral (abuso de carnes y confituras), compromete seriamente la conservación de la dentadura.

La insalivación, o mezcla de los alimentos con la saliva, sirve para digerir los alimentos feculentos, transformándolos en azúcar mediante un fermento llamado ptialina. La masticación es el estímulo natural de la secreción de saliva y la garantía de una buena insalivación.

Estas dos importantes funciones, base de la buena preparación de los alimentos para las ulteriores digestiones que han de sufrir, caen bajo el dominio de nuestra voluntad. La higiene nos aconseja habituarnos a masticar detenidamente.

Los alimentos ingeridos pasan por el estómago, donde permanecen, sufriendo la parte más complicada de la digestión. En ella hay que tener en cuenta tres factores:

1.º **Cantidad.**—La medida de esta capacidad nos la proporcionaría el instinto, si nuestra conducta no fuese una continua negación de él. Del hombre se ha dicho que es «el único animal que come y bebe sin ganas». Conoce todos los artificios para comer más de la cuenta y hasta para hacerlo cuando no debe.

2.º **Consistencia.**—Esta depende de una buena masticación pues la primera condición de normalidad es que sea homogénea. Si es demasiado líquida, los jugos son diluidos con exceso y la digestión entorpecida. Si peca de sólida, el estómago se fatiga, aumentando su secreción para fluidificarla. Los alimentos muy concentrados, tales como la miel, los dulces y almíbares, son por esta causa indigestos y perjudiciales, debiéndose tomar diluidos.

3.º **Frecuencia.**—Una comida exige para ser digerida, por término medio, unas cuatro horas. Durante ellas no conviene ingerir nuevos alimentos, pues se conseguiría entorpecer la digestión.

La mejor garantía de una buena digestión es el comer con apetito; como de la masticación, el buen sabor del alimento.

En la digestión intestinal se precisa de una fundamental condición que debe preverse en el plan alimenticio: del estímulo al peristaltismo, es decir, de los movimientos de contracción del intestino, que hacen progresar los alimentos. Este estímulo lo proporciona la celulosa (partes indigestibles de los alimentos): la cáscara del trigo en el pan integral es el prototipo. Un exceso de celulosa puede ser causa de fermentaciones, de flatulencia.

El estreñimiento, un padecimiento muy de actualidad y difundido, es consecuencia de la falta de celulosa en la alimentación, de la atrofia de los músculos abdominales, de la vida sedentaria y de la postura adoptada para la defecación en los retretes modernos. La postura ancestral pone a los músculos de la prensa abdominal en condiciones de rendir el máximo esfuerzo.

ALIMENTOS.—Los alimentos deben ser naturales, adecuados a nuestro aparato digestivo y lo menos desfigurados que sea posible por la preparación culinaria. Los cocineros tienen sólo en cuenta el gusto del cliente. Les importa un ardite su fisiologismo, ni su salud.

La alimentación natural del hombre es la vegetal (frutas, semillas, verduras y raíces). La carne no es alimento natural del hombre. El argumento de la anatomía comparada, ha sido falseado de un modo grosero y malintencionado. La anatomía comparada demuestra que la longitud del intestino está en relación con la talla, según la alimentación del animal. Así los animales carnívoros, tienen un intestino igual a cuatro o cinco veces la longitud del cuerpo. Los herbívoros, en cambio, lo tienen igual a doce o catorce veces la misma longitud del cuerpo. Y en los omnívoros mide de siete a nueve veces. Son muchos los libros de texto, poco escrupulosos, que afirman que la longitud del intestino humano es de siete a nueve veces la longitud de su cuerpo, con lo que creen demostrar su afirmación de que el hombre es omnívoro. Para llegar a este resultado, se ha medido al hombre de distinto modo que se mide a los animales; en éstos, la longitud del cuerpo se entiende la que existe entre el extremo del hocico y el nacimiento del rabo. En cambio, en el hombre se tiene en cuenta la talla, que es como si, a la anterior, se añadiera toda la longitud de las extremidades inferiores. Pues bien, si equiparáis los términos para poder someterlos a comparación entre sí, o se añade a los animales la longitud de sus miembros abdominales o se resta de la talla total del hombre el exceso que corresponde a sus piernas. Y en este caso, sabiendo que la longitud del intestino humano es de unos doce metros y la longitud media de su cuerpo—medida como en los animales—de un metro, aproximadamente (que corresponde a la talla de 1,70), podéis hacer vosotros mismos la comparación (4). De lo que deduciréis que, por la longitud de su intestino, el hombre es frugívoro, como nuestro pariente el mono; parentesco anatómico y biológico demostrado suficientemente para quien no haya estado cegado por prejuicios religiosos.

Nuestros caninos no tienen de tales más que el nombre. Por lo demás la carne aumenta la acidez gástrica; de modo considerable la flora intestinal (¿cómo no se asustan de esto los microbióforos?) suministra un exceso de proteicos y está en déficit de sales. No estimula la masticación ni el peristaltismo intestinal. Se puede pasar sin ella admirablemente. Su empleo complica de modo enorme la organización social, tanto por el atentado que representa para la higiene el matadero, como por el que supone a la moral humana, pues precisa de hombres mercenarios que cumplan un acto de crueldad que no serían capaces de hacer los que lo justifican.

Dr. Isaac PUENTE

(Continuará.)

(3) Los baños de aire, de luz y de sol. Montenis.

(4) J. C. Remarquette. *Le Naturisme Intégral*.

PREJUICIO

EL tío «Royo» — alto, cenceño, pelirrojo — iba todo el año para otro, porque él no tenía ni pizca de hacienda. Para otro significa que iba a jornal — cinco reales y el vino —, con el que malamente cubría sus necesidades y las de los suyos. No era joven, pero tampoco viejo: era un poco patizambo y muy tieso de medio cuerpo para arriba. Debía de ayudarle el clero, pues corría a su cargo el rezo del rosario todos los días en la parroquia alta, a menos que dicho cometido lo desempeñase por devoción (lo dudo, el tío «Royo» se pasaba de práctico). De aquél arcaz de huesos salía una voz de bajo, robusta, rezumbante, que se expandía por la iglesia y atemorizaba tanto a los devotos como a las lechuzas. Clientela de vejancones y vejanconas cargados de alifafes, amén del pacato Rodrigo — voluntario soltero —, al que la castidad había convertido en una momia tímida.

El toque de queda concuerda con la vida sedentaria de pueblo y, apesadumbrado, anuncia la noche. Pone término al devaneo de unos paseantes, que de repente callan y vuelven mohinos sobre sus pasos; cesa el bullicio de la calle; obliga a recogerse en el lar, en espera de la familiar colación, casi a punto. Ha salido la estrella miguera, la de los cortejos en los portales, si en casa de la moza no entra el mozo. Una mujer albendera tiene todavía cuerda y va hablando sola por la calle. Desde la calle, a grito vivo, se solicita el terrizo prestado de collar — coyuntura de patatas asadas —, la levadura para masar, tal o cual útil de campo, y por las ventanas san las respuestas. Sucia taberna — la de «Galbana» — en niebla de candiles y humo de cigarros «matagitanos», con meadinas en la pared exterior del edificio...

En todas partes están despellejando al tío «Royo». Lo que ha hecho, verdaderamente, es impropio de un hombre que reza todos los días el rosario en la parroquia. Ha quedado a la altura de «Maldades» (protervo, contumaz delincuente, habituado a grillettes), por bien poca cosa.

Un mal pensamiento, consentido y ejecutado. Canta el sereno la una y el tío «Royo» se echa de la cama. ¿Adónde

va a tales horas? ¿Qué endiabladas ideas agitan su cerebro? ¿Cuál es la causa de su duermetela? Baja con el candil de garabato a la cuadra y apareja la pollina. «Celosa», a vendimiar vamos». Así lo dicen los cestones uveros colgando del animal. Abre y cierra con sigilo la puerta de medio punto (el tío «Royo» vive a la salida del pueblo); monta a mujeriegas; obliga a caminar a la bestia, terca en no moverse. Más allá del humilladero hay un camino de herradura que conduce al Estrecho, a los plantíos de moscatel romano, ya maduro, de un solo contribuyente.

Es noche oscura, densamente oscura, con brillos a intervalos de azabache. De lo alto cae un cernidillo invisible que cala. El campo está sumergido en negro... ¡Y el Estrecho, por fin! ¡El Estrecho espacioso, odorante a moscatel en espesura de vides! Saca el tío «Royo» la navaja de gancho y comienza a robar. ¡La uva qué fresca, dulce y sabrosa! En esto el guarda hace fuego y el ladrón cae exánime lanzando un grito espantoso, que choca con la oscuridad y se hace añicos. La carabina del Argos ha producido un tiro jacarero y ha obrado una muerte refrescante.

—Maldades, ¿verdad? — dice, plantándose de un vuelo junto al hombre que yace de bruces entre las cepas.

Tiene la convicción de que el muerto no puede ser otro sino el malhechor tan conocido como padecido, y a uña de caballo va a dar parte.

En el humilladero tropiezanse «Maldades» y el guarda.
—¿Cómo! ¿Tú aquí?

—Sí, a pedirle al de ahí dentro que os ahorquen a los que soís de justicia.

✱

Al tío «Royo» lo mató la convicción moral del guarda, emanada de un prejuicio. De otro modo habría pagado su deuda en cárcel... no siendo demasiado castigo para el hombre que rezaba todos los días el rosario parroquial.

PUYOL



TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

Consideraciones sobre el exceso de población



ESPUES de las magistrales páginas de Devaldès, Humbert, Hardy y tantos otros eugenistas y neomalthusianistas ilustres, poco de nuevo puedo yo decir y tal no es mi pretensión. Desgraciadamente y con profundo amargor, he constatado y sigo constatando, que en lo que nosotros llamamos «nuestros medios», dichos autores, o más bien, los sabios consejos de los mismos son con demasiada frecuencia olvidados, ignorados y ¡oh, colmo! denigrados sistemáticamente por un número demasiado importante de compañeros...

La ignorancia es la madre de todos los vicios, así reza un viejo proverbio y a este propósito nada mejor que aconsejar a los tales la lectura de algunas obras maestras como «La Maternité consciente», «La brute prolifique», Croitre et multiplier, c'est la guerre». «La guerre dans l'acte sexuel», de Devaldès; «El exceso de población y el problema sexual», de G. Hardin; las obras de de E. Humbert et J. Humbert, de A. Maille, etc. etc., y diversas otras obras y publicaciones.

La revolución se comienza por uno mismo y por su propia casa, tal aserción, por su evidencia intrínseca, debe convertirse en un axioma, en un principio, para todo militante o simpatizante anarcosindicalista. Siendo así no es concebible la actitud de muchos que, como pertenecientes a un movimiento de vanguardia social, al movimiento de vanguardia por antonomasia, a un movimiento fundamentalmente racionalista, es decir que la línea de conducta de sus componentes debiera ser *en todo momento y en todas circunstancias*, el reflejo de una meditación y de un estudio metódico y profundo de todos los datos del problema, cualquiera que éste fuese; y por ende, *determinar*, fijar una actitud positiva en la resolución que se hubiese tomado como resultante del estudio de las diversas perspectivas del problema analizado.

Es, por consiguiente, irracional, ilógica e inadmisible, la indiferencia con que tratan y proceden tantos compañeros en un problema tan grave de consecuencias, y que por la naturaleza íntima del mismo, tan sólo depende de la propia voluntad de dichos compañeros, el poder llegar a un objetivo bien buscado que corresponde a una necesidad cada día más imperativa y definitiva: La procreación consciente y limitada de la especie merced a la eugenesia.

Tan flagrante es la evidencia en las afirmaciones del neo-

malthusianismo, que descartado el prejuicio profundamente arraigado, a la mala fe a ultranza, éste, debiera imponerse por sí mismo, como LA VERDAD cuando es conocida, según la consabida fórmula socrática. Es por lo que consideramos casi, el insistir, como una perogrullada.

No obstante, no puedo impedirme de repetir aquí algunos de sus principales aspectos.

¡Obreros!, decían los antiguos socialistas y siguen diciéndolo socialistas, burgueses y marxistas: «Haced muchos hijos y tendréis muchos revolucionarios»... Cuando una pareja, un matrimonio obrero tiene más de dos o tres hijos, salvo excepciones, comete un atentado contra la sociedad, comete un verdadero crimen. En efecto, suponiendo las condiciones ideales de eugenesia para la pareja y su procreación, salud, edad, casa, higiene y demás, un obrero nunca podrá educar convenientemente, integralmente, anárquicamente una familia numerosa. Es manifiesto. Entre otras cosas le faltarán los medios económicos suficientes a tal efecto.

Hacer un hijo, es el acto más grave que realizarse pueda. Hacia él, sólo tenemos deberes. No hemos podido contar de antemano con él para nada, y si el día de mañana viene a ser un inadaptado, o simplemente un desgraciado, tan solo nosotros, sus progenitores, podremos soportar tan enorme, tan inmensa responsabilidad.

Cuando un obrero tiene uno o dos hijos, puede y debe hacer un esfuerzo de voluntad, intelectual y económico a fin de «formar» sus vástagos en eutéticos revolucionarios capaces de moverse un día por sí mismos y de ser agente determinate en los movimientos de vanguardia; de pertenecer a la minoría selecta que guía y aconseja. Tal debiera ser el ideal de todo revolucionario consciente de su deber y responsabilidad, al *determinarse* a procrear. Pues los padres no deben regatear nada, ni esfuerzo alguno, de la índole que éste sea, en la formación y educación intelectual y social de su obra.

No olvidemos, compañeros, Reclus, preconizando que las revoluciones del futuro, la Revolución, no será, no ha de ser, una protesta de estómago insatisfecho, pronto apaciguado al calmar la necesidad elemental, sino antes bien, y muy al contrario *la Revolución tiene que ser necesariamente* un fondo surgido del cerebro, de la razón.

Un obrero que tiene tres, cuatro, cinco, seis o más hijos no puede en caso alguno consagrarse a la educación de ellos y eventualmente si éstos tuviesen aptitudes, sacrifi-

Paginas de ayer y de hoy

¿CRISIS DE MUERTE O DE TRANSFORMACION?



PROBABLEMENTE, los historiadores de la economía fijarán en 1929 o en 1930 la iniciación de aquello que suele llamarse «crisis del capitalismo». A decir verdad, fué aquel el momento en que la situación se volvió más insoportable; pero la crisis había iniciado ya su carrera desde la guerra de 1914-18, y tal vez la guerra misma fué el primer fenómeno de ella. ¿No podría considerarse la guerra de entonces como una primer tentativa más o menos inconsciente del capitalismo para resolver una crisis que estaba ya en incubación avanzada en sus entrañas?

Dejemos el problema a los historiadores futuros, pues la misión de la hora que corre no es la de resolver problemas históricos—posible sólo cuando los hechos históricos han ocurrido—, sino resolver problemas de orientación y de

carse para darles una «carrera»... lo que no siempre es un ideal, felizmente.

La familia obrera numerosa, presupone el desorden en la casa, la búsqueda para el padre del envilecimiento en el alcohol, en la taberna, en el tabaco, en el deporte industrializado, o en otras distracciones degradantes y deprimentes; en una palabra, la desafección del hogar. Supone la competencia en el trabajo y por consiguiente el bajo salario, el paro forzoso, la intransigencia del patrón. La familia numerosa supone la degradación física y moral del individuo, la masa gregaria fácil de gobernar y modelar al antojo. Supone en sus consecuencias extremas, la superstición, la religión, el vicio, el crimen y la guerra con las manadas de borregos asesinándose mutuamente en aras del capitalismo, del imperialismo y de toda clase de dictaduras nacionales e internacionales.

Compañeros, ya es hora del despertar. Somos la juventud del mañana. El porvenir cuenta con nosotros y sobre nosotros.

«Lo bueno si poco, dos veces bueno», dijo Gracián; nosotros debiéramos interpretarlo así: Cuanto más reducidos sean nuestros vástagos, mayor ha de ser la calidad de los mismos.

Que la generación que nos suceda, que nuestros hijos, pocos, pero de calidad, auténticos revolucionarios formados en la experiencia de sus progenitores, puedan ser los adalides, los promotores del orden nuevo que tanto anhelamos y que con nuestra incongruente actitud, tan frecuentemente repelimos.

TEJERINA

actuación para «hacer» la historia: la historia en acto, y no la historia escrita.

Ahora bien, para orientarnos en nuestra acción de militantes revolucionarios, que combaten por la liberación de la humanidad de todas las formas de opresión y de explotación, vale la pena observar lo que significa esta expresión «crisis del capitalismo» hoy tan adoptada; de qué género de crisis se trata. Esto me parece necesario también para poner un dique a la infiltración entre los revolucionarios que combaten contra el capitalismo (en cuanto es una forma de dominación, de prepotencia opresiva y explotadora), de una tendencia nada nueva: tendencia fatalista que predispone a esperar la realización de los propios deseos de emancipación y de libertad más bien de un desarrollo de los acontecimientos independiente de nosotros, que de nuestro esfuerzo directo para intervenir en la determinación de los hechos sociales como una voluntad ya formada.

Muchos hablan hoy de la «crisis del capitalismo», como ayer hablaban del «desarrollo del capitalismo», o de la «centralización capitalista», o de la «miseria creciente», determinantes automáticos de la revolución libertadora. Es la tendencia a esperar que la «crisis» del capitalismo lleve automáticamente a su «muerte»; después de la cual no queda otra cosa que hacer al socialismo que recoger tranquilamente la herencia. Llevando la confusión de las palabras y de las ideas al extremo, no falta siquiera quien llega a llamar «socialismo» hasta a las tentativas de centralización artificial del capitalismo, de las que algún Estado toma la iniciativa justamente para salvar el capitalismo y (naturalmente) a sí mismo—sea ello el «corporativismo» de Mussolini o la «economía dirigida» desde lo alto de Roosevelt—como si fuese realmente una especie de socialismo en vías de suceder por la fuerza de las cosas al capitalismo.

Estas últimas son en verdad una distorsión histórica y lógica al mismo tiempo, pues no tienen en cuenta lo que es histórica y teóricamente el socialismo, ni el contraste profundo e insalvable existente entre socialismo y estatismo.

Pero la distorsión se explica, como se explica el fatalismo más arriba apuntado—no sólo con la tendencia natural del espíritu humano a ilusionarse con soluciones que parecen accesibles con poco o ningún esfuerzo propio—sino también con la confusión que se hace entre capitalismo, considerado objetivamente como una fase histórica de la economía en relación a los modos técnicos y orgánicos de la producción, y el capitalismo considerado con hostilidad por el proletariado revolucionario sobre todo como un inicuo sistema de distribución desigual de la riqueza por parte de unos cuantos privilegiados en ventaja propia y en daño de las

masas desheredadas, y por tanto un sistema de explotación y de opresión de estas masas, que sin embargo constituyen las grandes mayorías productoras.

El primero es prevalentemente objeto de estudio y de discusión académica, que no implica necesariamente un conflicto de clases; el segundo es, en cambio, objeto de lucha, incluso el punto de mira mismo de la lucha de una clase contra otra. Hay siempre, naturalmente, una relación cualquiera entre las dos cosas, pero permanecen netamente distintas; y confundirlas como si fuesen una sola cosa o, peor, cambiando la una con la otra, puede llevar a errores no indiferentes en el campo práctico de la propaganda y de la lucha social.

*

Hay revolucionarios que observan con una expectación casi mesiánica la actual crisis grandiosa atravesada por el capitalismo; y ven la agonía, la muerte próxima de éste.

Si consideramos el fenómeno desde el primero de los dos puntos de vista expuestos más arriba, desde el punto de vista que por brevedad llamaremos «académico», probablemente no se equivocan del todo. Aun cuando en el campo de los hechos sociales no es posible prever con la exactitud científica misma que en el campo de ciertos fenómenos mecánicos, ya que esos hechos pueden resultar del todo contrarios a las más lógicas previsiones—por ejemplo el capitalismo podría también continuar existiendo, salvando por la intervención de algún hecho que nosotros no sabríamos ahora prever la estructura que actualmente le caracteriza—también a nosotros nos parece que el capitalismo, como forma específica actual de la producción y administración de la riqueza, va al ocaso. El capitalismo está condenado. A la crisis sucederá la muerte.

¿Pero qué muerte? ¿Este es el problema! ¿Será una muerte «académica», es decir la muerte de un tipo de producción, de una organización del monopolio de la riqueza, de una explotación del trabajo humano, a la que sucederá un tipo de producción diversa, que dejará subsistir con otras formas tanto el monopolio como la explotación? ¿O bien con el cambio de los modos de producción morirá, es decir, tendrá fin el hecho concreto del monopolio de la riqueza de parte de los pocos y la explotación de las grandes masas trabajadoras? Esto es lo que hay que saber. Porque al proletariado militante, a los revolucionarios y libertarios del socialismo les interesa sobre todo la muerte real del capitalismo como hecho de monopolio, de explotación y de opresión; ya que su muerte «académica» como tipo de producción y de administración, es decir, el cambio de la salsa con que continuará siendo cocido el pueblo trabajador, les deja más bien fríos e indiferentes.

Puede darse muy bien que esté por terminar un período de funcionamiento económico de las sociedades humanas llamadas «civilizadas», y esté por comenzar otro caracterizado por modos de organización de la producción diversos de los presentes. Y por consiguiente, dentro de pocos años, cuando el terremoto de la crisis haya cesado y se tenga la estabilización nueva con el tipo de economía que haya prevalecido probablemente los historiadores y los economistas, todos los recopiladores de manuales escolásticos, los profesores de universidad, los oradores populares de poses científicas, etc., hablen del «fin» del capitalismo, como hoy se habla del fin del feudalismo, o del fin de la sociedad an-

tigua. Las nuevas formas económicas habrán dado un nombre nuevo al nuevo período histórico; y si toman pie las actuales tendencias hacia la economía estatal, a los grandes «trusts» capitaneados por los gobiernos, el nacionalismo de la producción—al capitalismo de Estado en una palabra—y contemporáneamente logre imponerse al uso mixtificador de la palabra «socialismo» aplicada en base a una mentira convencional al nuevo tipo de explotación y de opresión de las masas trabajadoras, quedará establecido tal vez en el lenguaje académico llamado «científico» que las sociedades humanas habrán pasado «del período capitalista al período socialista».

Será una gran satisfacción ésta, para todos aquellos que, enamorados de ciertas palabras, se contentan con aplicarlas a hacer escribir bibliotecas enteras de una nueva ciencia económica. Y los fabricantes de sistemas y de esquemas se encontrarán satisfechos. Si luego alguien de memoria no frágil, o algún melancólico desenterrador de viejos papeles, o algún idealista amante todavía de la verdad... filológica, llega a decir que el socialismo no es aquello, sino una cosa muy diversa y opuesta, se le replicará como a un atrasado o a un fosilizado en «concepciones superadas por los tiempos»; se le tratará de «antihistórico» y se le dirá que el socialismo por él evocado era un socialismo «utópico» de poetas y románticos, no el socialismo verdadero, el «científico» realista, que tuvo por precursores... a Hitler y a Mussolini.

Es verdad que podría ocurrir otra cosa: que el honor de dar el nombre al nuevo período histórico corresponda al fascismo, en lugar de corresponder al socialismo; y así será más respetada la propiedad del lenguaje y dejada mayor facilidad de acomodos, pues la falta de un significado preciso de la palabra «fascismo» puede permitir la aplicación de este nombre a los sistemas más distintos. Pero en sustancia se sabe bien desde hoy cuán poca diferencia hay entre el fascismo de que habla Mussolini y el socialismo de que habla Hitler, el uno y el otro absolutistas, nacionalistas, monopolistas, bajo los cuales pueblos y proletariado quedarán igualmente esclavos. Simplemente se hará fiesta el 21 de abril en lugar del primero de mayo; y en los manuales escolásticos se dirá: «el paso del sistema capitalista al sistema socialista». La realidad concreta—por lo menos para el pueblo trabajador—será la misma.

En un caso y en otro se podrá sostener académicamente que «el capitalismo ha muerto», porque habrán muerto las formas exteriores del privilegio de clase y de casta que lo caracterizaban y le dan un tipo de economía distinto en la historia; pero el privilegio de la riqueza y del poder de los pocos sobre los muchos quedará y será incluso más rígido y feroz. A pesar de algún notable traspaso de posiciones personales o de grupo—en períodos de crisis son más numerosos los desheredados—habrá siempre las grandes mayorías humanas desposeídas y esclavas, obligadas por el «chantage» o el hambre y por la violencia organizada por los gobiernos a trabajar para los privilegiados y a soportar la tiranía.

Para ellas las cosas estarían como si el capitalismo no hubiese muerto. ¡Casi ciertamente estarían mucho peor!

*

No es ésta la muerte del capitalismo que quieren los trabajadores, los cuales sienten la necesidad de libertarse de

la esclavitud del salariado y de la sumisión patronal y estatal; no es ésta la muerte del capitalismo preconizada por los pensadores del socialismo revolucionario y libertario, para apresurar la cual se ha vertido tanta sangre por el proletariado militante y tantos mártires han caído en el campo de la lucha y de la rebelión.

Naturalmente, los trabajadores conscientes, los socialistas, los anarquistas, los revolucionarios conscientes del fin que se proponen comprenden bien que también el problema de la producción tiene su importancia. Ciertamente, un cambio tan radical en sentido igualitario de la distribución en riquezas, sea naturales como producidas por el trabajo humano, no puede menos de corresponder a otros modos de producción y de organización económica más en armonía con el cambio a realizarse. Es interés de la nueva sociedad de libres y de iguales, de todo individuo como de toda colectividad, que se llegue a producir la mayor cantidad de bienes con el menor esfuerzo posible; que se pueda satisfacer el máximo de las necesidades de todos con el concurso de cada uno en el campo de la producción, de los transportes, de los intercambios, de los diversos trabajos públicos de manera que no haya derroche de riquezas o de energías.

Todo esto es importantísimo; sin embargo, no es «lo más importante». Lo más importante es establecer como punto de partida condiciones de igualdad, condiciones de hecho que hagan imposible la reproducción de la explotación y de la coerción violenta del hombre sobre el hombre; que salvaguarden sobre todo la personalidad y la dignidad humana, la libertad individual y colectiva en todas las manifestaciones de la vida social, sin excluir ninguna: desde la producción más indispensable a la diversión más superflua, en las más diversas actividades del hombre y en todas las relaciones de los hombres entre sí. En eso consiste el ideal, el objetivo a alcanzar, y no en éste o en aquel tipo técnico y administrativo de producción; este último, por perfecto que se pueda imaginar, no puede sustituir al fin, y debe estarle subordinado y ser determinado por él en la práctica—entre tantas propuestas «a priori» y también fuera de ellas—a través de los acontecimientos de la revolución, el juego de las voluntades y de los intereses y la libre experimentación.

El nuevo modo de producción y su organización no puede ser, por tanto, más que una resultante de la vasta y multiforme acción popular en la revolución, en las que las voluntades más conscientes y enérgicas harán de guías y consejeras, de palanca orientadora; pero desde abajo, como libres elementos de las masas en paridad de situación con todos los otros elementos de éstas, no obligándolas por la fuerza, a guisa de «dictaduras providenciales». Es así, por lo demás, cómo se han formado en la historia todas las mejores instituciones civiles del pasado (especialmente económicas) que respondían a las necesidades reales y a las tendencias de progreso de la humanidad, y se han conservado sin necesidad de imponerse por la fuerza sólo mientras respondían a aquellas necesidades y tendencias—al contrario de aquellas impuestas desde arriba o conservadas con la violencia por las peores tiranías, las cuales fueron o se convirtieron a través de la imposición violenta en fuente nefasta de miseria y de esclavitud. Toda la historia misma del capitalismo es la demostración más elocuente de ello.

Ahora el capitalismo tiende con todas sus fuerzas, como

cualquier institución de privilegio, a conservarse. Es discutible si ha sido alguna vez, en el curso de la historia, un coeficiente de progreso, que respondía a verdaderas necesidades sociales. Tal vez sí, tal vez no. Lo cierto es que desde hace mucho tiempo es una maldición para el mundo entero; lo que de más malo desgarró la humanidad proviene de él. Por tanto todas las fuerzas de la vida y de la civilización tienden hoy, consciente o inconscientemente, a libertarse de él. Para salvarse, aun por el hecho que su vieja estructura no responde ya a su desarrollo reciente—que es su crisis interna que se suma a la que le presiona desde fuera—el capitalismo tiende a transformarse. Es una verdadera metamorfosis la que está elaborando, y tan radical, con tales cambios en su estructura interior y un total derribo de sus expresiones políticas, que no parece el mismo, que no puede siquiera conservar el nombre de antes. Sólo en este sentido el capitalismo «morirá», si se le deja morir de muerte natural; o más bien si se le deja consumir tranquilamente, a través de la metamorfosis, un suicidio solamente aparente.

¿Recordáis una pintoresca leyenda de un antiguo poema caballeresco? He aquí a un paladín en su coraza de hierro que se lanza espada al aire a salvar a una mujer de belleza maravillosa que quiere raptar un gigante. Parecería que el gigante con la enorme hacha va a dar pronto razón del hombreco y de su frágil espada. No es así, porque el hombre tiene de su parte la santidad del fin y la inteligencia. El gigante, ya herido y en peligro, para defenderse y vencer, se transforma por encanto en serpiente, luego en tigre, en tiburón, en perro. Pero el caballero no se deja intimidar, ni aturdir, ni engañar. No es solamente la muerte del gigante, o de la serpiente, o del tigre, es decir de una sola forma del monstruo que quiere; es el monstruo en sí el que quiere matar, sin lo cual no podrá salvar la mujer, ni salvarse a sí mismo—y continúa hiriéndole en todas sus transformaciones, hasta que consigue cortarle la cabeza.

Ahora bien, el revolucionario moderno, en su lucha contra la prepotencia patronal y gubernativa, lo que quiere matar es el privilegio de la riqueza y del poder, es decir, el monstruo de la explotación y de la opresión de los seres humanos. No le importa—salvo para los fines meramente estratégicos de la lucha—cuál es el nombre que toma (patriarcado, patriciado, feudalismo, capitalismo privado, capitalismo estatal, o incluso socialismo): es el monstruo en sí el que quiere matar, de manera que no pueda reencontrarse en otra forma cualquiera. Si esperase su muerte natural, ilusionado ya por otra de las crisis que de tanto en tanto afectan al régimen, pagaría con la amarga desilusión su vana y mísera esperanza.

El régimen del privilegio, de la explotación y de la opresión es de tal naturaleza que no puede morir ni de muerte voluntaria ni de muerte natural. La muerte voluntaria o natural sería solamente aparente: al día siguiente la humanidad se encontraría con otro monstruo encima, con otro yugo al cuello, pero diverso del precedente, y con todas sus consecuencias de miseria, de lágrimas y de sangre. No puede morir más que de muerte violenta; es preciso matarlo con propósito deliberado.

Para eso es necesaria la revolución.

Luis FABRI

MICROCULTURA

1. — León el Iconoclasta fué emperador romano de Oriente, fundador de la dinastía isaurica, que en 726 prohibió la adoración de imágenes y reliquias.

2. — España fué el país europeo donde arraigó el dominio musulmán.

3. — El fénix, unicornio y grifo fueron animales fantásticos, sólo existiendo en la imaginación de los hombres.

4. — Se llama leilili al grito o vocerío que hacen los moros cuando celebran sus fiestas o zambras.

5. — En la batalla de Guadalete, entre los moros de Tarik y los godos del rey Rodrigo (711), se decidió la conquista de España por los musulmanes.

6. — La hidra de Lerna, que tenía 7 cabezas (algunos le asignaban 9, 50 y aun 100) fué un reptil fabuloso que vivía en una laguna de la Argólida y al que Hércules, con ayuda de Iolas, le dió muerte (mitología).

7. — Después de la segunda guerra mundial han dejado de ser colonias en Africa las naciones siguientes: Libia, Sudán, Túnez, Marruecos, Ghana y Togo.

8. — Hace cincuenta años, Bélgica se anexionó el Congo, el cual pasó a ser «propiedad personal del rey Leopoldo II».

9. — El 1 de febrero de 1908 murió asesinado el rey Carlos de Portugal.

10. — El 31 de enero de 1858 se botó el primer gran navio trasatlántico de hierro, «The Great Eastern», construido en Inglaterra por el ingeniero Brunel. Medía 210 metros y pesaba 32.000 toneladas.

11. — Hace 150 años creó Beethoven su hermosa Sinfonía Pastoral.

12. — En 1708 murió Renkin Sualem, mecánico belga, constructor de la famosa «máquina de Marly», que sacaba el agua del Sena para enviarla a Versailles.

13. — En 43 A. C., Lucius Minatus Plancus, hizo fundar una colonia romana en el cerro de Fourvière, a la que se llamó *Lugdunum*, la que pronto pasó a ser la metrópoli de la Galia romana. Hoy es Lyon, la segunda ciudad de Francia.

14. — En 1904 se incendió en el puerto de Nueva York el vapor «Genera Slocum». Perecieron 1.200 turistas.

15. — Los omniadas fué una familia árabe procedente de Damasco que fundó en Córdoba su dinastía (756 a 1031).

16. — Julio Oppert, orientalista alemán, ideó un método para descifrar las inscripciones cuneiformes asirias (1825-1905).

17. — A 237 kilómetros del mar empieza el delta del río Orinoco, gran río sudamericano de 2.374 km.

18. — Parayauta fué un cabecilla de una tribu del valle de Táchata (Venezuela) que sostuvo tenaces luchas contra los invasores españoles.

19. — Se llama vedija a una porción de lana o pelo apretada y enredada.

20. — Encelado fué el más célebre de los titanes que se rebelaron contra Júpiter. Detenido cuando se fugaba por

Sicilia, fué herido por el rayo y enterrado debajo del Etna (Mitología).

21. — Guadalajara significa en árabe «Rio de piedras».

22. — Avila se llama también «tierra de santos y de cantos».

24. — Desde la base del pedestal a la antorcha de la estatua de Nueva York, hay 93 metros de altura.

25. — El 10 de febrero de 1910, naufragó en las costas de Francia el capor «Général Chanzy». Hubo 150 ahogados.

26. — La calle más larga de Nueva York es la avenida Broadway que nace al sur de Manhattan y llega a Albany, a 250 km. de distancia.

27. — Los automóviles que están en uso en la región asiática de Nepal, han sido introducidos en parihuelas transportadas por hombres, debido a que no existe en ese país ningún camino de acceso apto para automotores.

28. — La estatua de la Libertad de Nueva York pesa 225 toneladas.

29. — La isla Marshall del océano Pacífico constituye el lugar de nacimiento de los tifones del Pacífico occidental.

30. — No es aconsejable nadar en lugares abiertos durante una tormenta eléctrica, pues el agua puede conducir la descarga de un rayo caído a cierta distancia.

31. — Tananarive es la capital de la gran isla de Madagascar.

32. — El Monte Blanco de Suiza tiene 4.810 metros sobre el nivel del mar.

33. — La espuma de goma, ahora usada ampliamente para colchones y almohadones, contiene diminutas células de aire rodeadas por delgadas y elásticas paredes de látex; el aire ocupa las cuatro quintas partes del volumen.

34. — El Partenón es la estructura más notable de la Acrópolis de Atenas.

35. — La frase «Lasciati ogni speranza voi ch'entrate» es de «La Divina Comedia» de Dante.

36. — En 23 Estados de los EE.UU., está prohibida la venta de fuegos artificiales.

37. — «Abandonad toda esperanza, vosotros que entráis», asegura Dante que es frase inscrita en «el portal del infierno».

38. — En 1948 Birmania se independizó de Inglaterra.

39. — Una lemniscata es una curva plena que tiene figura semejante a un ocho.

40. — Un lendel es una huella en forma de circunferencia que deja en el suelo la caballería que saca agua de una noria o da movimiento a otra máquina semejante.

41. — En 1912 dos grandes naufragios. El «Príncipe de Asturias» choca con los roquedos cerca de San Sebastián (500 muertos). El «Titanic» choca con un iceberg (témpano) en pleno Atlántico (1.500 ahogados).

42. — Los levantinos son los habitantes de la parte oriental del Mediterráneo.

43. — La lezda era un tributo con que los ladrones del Estado recargaban antiguamente a las mercaderías.

44. — «Las tres edades de la vida» es un hermoso cuadro que fué pintado por el italiano Lorenzo Lotto (1480-1556).

45. — El Louvre es un conjunto de construcciones de París, convertido hoy en Museo de Bellas Artes. Fué alojamiento de los monarcas franceses des de Carlos V hasta Napoleón III.

a sus esposos. Se les impuso la pena de llenar de agua, en el Tártaro, un tonel sin fondo. (Mitología.)

46. — La batalla de Luchana obligó a los carlistas a levantar el segundo sitio de Bilbao, en diciembre de 1836.

47. — Se llama en el Vaticano «maestro del sacro palacio» a uno de los empleados del palacio pontificio, a cuyo cargo está el examen de los libros que se han de publicar. Menos mal que los mejores libros que se editan no pasan por la censura de dicho fanático.

48. — El magma es el contenido ígneo líquido del interior de la tierra, que puede salir sobre su superficie en forma de lava, o formar rocas de naturaleza plutónica.

49. — Dino Compagni, historiador y literato italiano muerto en 1323, escribió la «Crónica Florentina», célebre por la descripción de los sucesos ocurridos de 1280 a 1312.

50. — Estereotomía: arte de cortar piedras y maderas.

51. — Eufemismo es el modo de expresar con decoro ciertas ideas.

52. — Se llama padrejón a cierta enfermedad nerviosa que se caracteriza por un dolor en la boca del estómago.

53. — El 2 de octubre de 1913, el incendio en plena mar del Volturno hace 136 víctimas.

54. — El otro nombre del río Amazonas es Marañón.

55. — José María «El Tempranillo» fué un bandolero rebelde español del siglo XIX, célebre por su valor y generosidad.

56. — Siete mil cuatrocientos kilómetros, tiene aproximadamente de longitud el Amazonas.

57. — Jordi de Sant Jordi fué un notable poeta catalán del siglo XV, conocido y estimado por sus composiciones sentimentales.

58. — Creso fué el último rey de Lidia, inmensamente rico, cuya fortuna era alimentada por las arenas auríferas del Pactolo. De ahí la frase «más rico que Creso». Murió en 546 A.C.

59. — Los fanáticos religiosos musulmanes «deben» visitar a la Kaaba, famoso templo de la Meca, por lo menos una vez en su vida.

60. — El «Kindergarten» (Jardín de Infantes) fué creado por Federico Froebel, pedagogo alemán (1782-1852).

61. — Las «lagenoforias» eran unas fiestas de los tiempos de Ptolomeo, celebradas por el pueblo de Alejandría, y en las cuales los asistentes bebían cada uno en la botella que habían traído y permanecían recostados en los lechos.

62. — La capital de Alsacia es Estrasburgo.

63. — El 20 de mayo de 1914, en la desembocadura del río San Lorenzo, naufraga luego de una colisión el «Empress of Ireland» (Emperadora de Irlanda). Hubo 1.024 ahogados.

64. — Suele llamarse Insulindia al archipiélago indio o Malasia.

65. — Los anarquistas tienen una precursora en Leena, cortesana griega, muerta en 494 A.C. «que se negó a revelar el nombre de sus cómplices en el asesinato del tirano Hiparco, cortándose la lengua temerosa de que el dolor producido por el tormento le arrancase alguna confesión.» Precursora en el sentido de antes morir que delatar.

66. — Una litoclasa es una grieta o quiebra de las rocas.

67. — José María Gabriel y Galán cantó a la Tierra de Campos, nombre con que se conoce la parte central y meridional de la provincia española de Palencia.

68. — La Mahabarata es una epopeya india, escrita en lengua sánscrita, una de las obras maestras de la literatura universal.

69. — Un «palancacoate» es una serpiente venenosa de México.

70. — Orzar, significa inclinar la proa de una nave hacia donde viene el viento.

71. — El volcán Irazú se halla en ese hermoso país que es Costa Rica.

72. — Vitofilia, se llama la afición que padecen ciertas personas en coleccionar anillos o fajas de tabacos.

73. — Se llama travertino a los depósitos calizos que precipitan ciertos manantiales.

74. — Pisistrato, tirano de Atenas, fué quien ordenó reunir los poemas de Homero.

75. — Hace ya dos mil años, los hombres belicosos — la mayoría de los humanos —, practicaban la guerra devastadora. Polieno, escritor griego del siglo II A.C., en su obra «Stratagemata» relata 900 casos de estrategias guerreros.

76. — Se hunde en Rochebonne el gran paquebote «Afrique», desapareciendo bajo las aguas 560 personas (11 de enero de 1920).

77. — El grupo de «Laocoonte» fué esculpido por Agesandro, escultor rodio, juntamente con sus dos hijos.

78. — Las «nörmas» son las «diosas» de la mitología escandinava. Sus nombres son: Urd (el pasado), Verdande (el presente) y Skuld (el porvenir).

79. — El filósofo romano Boecio fué quien escribió hacia 470, la «Consolación por la Filosofía».

80. — Las danaides eran las cincuenta hijas de Dánao, que, la noche de sus bodas, mataron todas, menos una, a sus esposos. Se les impuso la pena de llenar de agua, en el Tártaro, un tonel sin fondo. (Mitología.)

81. — Alfredo de Musset, poeta francés (1818-1857), fué quien escribió la «Confesión de un hijo del siglo».

82. — Fisiografía: la descripción de la tierra y de los fenómenos que en ella se producen.

84. — Se llamaba «gineceo» al departamento que destinaban los griegos para habitación de las mujeres.

85. — Una «huri» es «una mujer hermosa del paraíso de Máhoma».

86. — El «kief» es el descanso absoluto de los orientales.

87. — Ilicia, era la «diosa» del alumbramiento entre los griegos.

SUNO

POETAS DE AYER Y DE HOY

CONTRASTE

Aquí el hombre científico, allá el de la caverna
de feroces instintos, por arma la macana;
atávicos prejuicios en la época moderna,
y la Ciencia al servicio de la maldad humana.

¿Dios? Un monstruo malvado sería si existiera.
¿La Fe? Un gran absurdo que domina las greyes.
¿La Moral? ¿Las costumbres? Son poder del que impera
con argucias, engaños y códigos y leyes.

Entre el hombre moderno que vive esclavizado,
sometido a un sistema de oprobio y degradado,
mirando con envidia de los ricos el lujo
y el fiero troglodita, hay gran afinidad;
aquel temía la noche, los conjuros del brujo,
y éste se postra y pide a sus dioses piedad.

Solano PALACIO

Abril, 1958.

EMPIREA

En recuerdo de mi querido
viejo Mari.

Aunque los continentes se sumerjan;
se sequen los océanos;
o que las llamas del Sol se extingan
y que en la Tierra las tinieblas reinen.

Aunque los polos se compriman
y en el Ecuador se encuentren;
o que el planeta se pulverice
desapareciendo en el Eter.

Aunque el Universo pierda su ritmo;
se estrellen los mundos
y que en el Infinito
todo se desintegre.

Aunque la Eternidad sea hoy;
el hoy minuto;
el minuto instante
y el instante nada.

Aunque todo se pierda;
que la Nada en nada quede
y que el Vacío Cósmico
sea sin fin ni límite...

Siempre habrá una llama,
quizá minúscula pero visible,
que marcará, cual guía perenne,
de La Esperanza el rumbo.

F E D E

Abril, 1958.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
«Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
«Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
«Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
«Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
«Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
«Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
«El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
«Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
«Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELIEN, Carlos CAPIERO, 130 fr.
«La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
«Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
«Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OTTICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
«Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
«El sistema cooperativo»: James PETER WARBASE, 600 francos.
«De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 fr.
«Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
«Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
«Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 630 fr.
«Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
«Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
«Democracia cooperativa»: James PETER WARBASE, 1.000 francos.
«El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
«Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.
«Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
«Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SANDENEGUIER, 750 fr.
«La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 350 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores, Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
«La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
«Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
«La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
«Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
«Manual del Matrimonio»: H. y A. STONE, 500 fr.
«El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
«Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
«Tipos psicológicos»: C. G. JUNG, 630 fr.
«El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
«Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
«Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
«Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
«Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARANON, 600 francos.
«El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
«El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
«La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común», Yoritomo TASHI, 450 fr.
«Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
«El arte de pensar»: Ernest DIMNET, 450 fr.
«La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
«Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
«El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUES, 450 fr.
«La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
«El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
«Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
«La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
«El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
«Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
«Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.
«Froebel», por G. PRUFER, 420 fr.
«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento
4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)